

LA PIRAMIDE DE ORO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

FABA

La pirámide de oro

Joseph Berna

La Conquista del Espacio/646

CAPÍTULO PRIMERO

La Tierra.
Año 2031.
Zoltan Lacher se dirigía en su helimóvil a la casa que poseía su amigo Leónidas Tchenko en Daytona Beach, Florida. Junto a él viajaba Sybil Daniels, una preciosa muchacha con el cabello largo y teñido de un verde fuerte, intenso, brillante.
Zoltan contaba veintiocho años de edad, tenía el pelo oscuro, y poseía un cuerpo sano, fuerte, atlético. Vestía un chaleco plateado y un pantalón color bronce, muy brillante y ajustado. Calzaba botas marrones, cortas y extraordinariamente flexibles.
Sybil, por su parte, lucía unos brevísimos shorts dorados y una miniblusa brillante, con flecos, que combinaba perfectamente con los atrevidos shorts. Calzaba botas plateadas, tan altas que incluso le cubrían las rodillas.
Era una muchacha muy joven.
Apenas veinte años de edad.
A pesar de ello, era ya toda una mujer.
No había más que mirar sus piernas, muy largas, de muslos maravillosamente torneados. O sus caderas, perfectamente curvadas. O sus pechos, altos y túrgidos, descaradamente agresivos.
Sí, Sybil Daniels lo tenía ya todo suficientemente desarrollado.
Su belleza y perfección de formas habían cautivado a Zoltan Lacher desde el primer momento. Por eso la había invitado a pasar el fin de semana en Daytona Beach, en la casa de su buen amigo Leónidas Tchenko.
Sybil se hizo rogar, pero finalmente aceptó.
Y Zoltan se puso muy contento, claro.
Esperaba pasar un fin de semana maravilloso con la hermosa Sybil.
Zoltan echó una mirada a las fascinantes piernas de la muchacha, y no pudo resistir la tentación de posar su mano en ellas.
Sybil, que contemplaba el maravilloso paisaje, volvió los ojos hacia el atrevido Zoltan.
—¿Qué haces?

—Acariciarte las piernas.
—¿Por qué?
—Son tan hermosas y tan suaves... Terciopelo puro, Sybil.
La joven no pudo reprimir una sonrisa.
—No seas cursi, Zoltan.
—¿De veras te parece una cursilería decir que tus piernas son suaves como el terciopelo...?
—Sí.
—Entonces, diré que son suaves como la seda.
—Más cursi aún.
—Oye, veo que piropearte a ti es bastante difícil, ¿sabes?
—No tienes por qué piropearme.
—¿No?
—El piropo ha pasado de moda, Zoltan. Estamos en el siglo XXI
—No lo sabía.
—¿Que estamos en el siglo XXI?
—Lo de los piropos, demonio. ¿Quién ha dicho que han pasado de moda?
—Yo.
—¿Y en qué te basas tú para...?
—Ya no gustan a las mujeres, Zoltan. A las de este siglo, al menos. Y yo soy de este siglo, no lo olvides.
—¿Y qué piensas, que yo he venido saliendo hasta ahora con mujeres del siglo pasado...?
—Tú sabrás.
—Me gustan creciditas, pero no tanto.
—¿Por qué me has invitado a mí, pues?
—¿Qué?
—Todavía estoy creciendo, Zoltan.
Lacher la miró significativamente y dijo:
—Resulta difícil de creer, Sybil.
—Pues es la verdad. Y deja de tocarme las piernas, ¿quieres?
—¿No te gusta que te acaricie?
—Sí, pero no en un helimóvil en pleno vuelo.
—¿Te excita la altura?
—Me asusta, que es muy diferente. Temo que te distraigas demasiado con mis piernas, pierdas el control del aparato y nos la peguemos.
Zoltan rió.
—Tranquila, Sybil. Soy un buen piloto.
—No lo pongo en duda, pero me sentiré más segura si te olvidas de mis piernas y prestas toda tu atención a los mandos —insistió la muchacha, y ella misma se encargó de retirar la mano masculina de sus desnudos muslos.
Zoltan volvió a reír.

—Está bien, tendré que esperar a que lleguemos a la casa de Leónidas.
—¿Es casado? —preguntó Sybil.
—¿El zorro de Leónidas...?
—¿Por qué le llamas zorro?
—¡Porque lo es!
—Soltero, ¿eh?
—¡Más soltero que yo!
—Pero menos zorro, seguro.
—¿Cómo dices?
—Nada, olvídalo.
—Iveta hace tiempo que intenta cazar al bribón de Leónidas, pero no lo consigue —dijo Zoltan.
—¿Iveta...?
—Sí, Iveta Masny. Es un encanto de chica, y está perdidamente enamorada de Leónidas. El también la quiere, pero no se deja atrapar. Los conocerás a los dos cuando lleguemos.
—¿Iveta va a pasar el fin de semana en la casa de Leónidas?
—Así es.
—Qué bien.
—También conocerás a Josef Korda y Paula Oberon.
—¿Quiénes son?
—Amigos de Leónidas.
—O sea, que vamos a ser seis.
—Sí, tres parejitas.
—¿Y valdrán los intercambios?
—¿Cómo?
Sybil Daniels se echó a reír.
—Ha sido una broma, Zoltan.
—Sí, puede que tú hayas dicho lo de los intercambios en broma, pero no te extrañe que Leónidas te proponga irte a la cama con él —advirtió Zoltan Lacher.
—¿Y qué debo responderle?
—¡Que no, naturalmente!
—Tú podrías hacer el amor con Iveta.
—No me interesa Iveta.
—¿No dijiste que es un encanto de chica?
—Sí, pero no siento ningún deseo de hacer el amor con ella.
—¿Y con Paula...?
—Tampoco.
—Entonces, debo rechazar también la proposición de Josef, caso de que me la haga, ¿no es eso?
—Exacto.
—¿Cómo es Paula, Zoltan?

—Un monumento de chica.
—¿Y no te gusta...?
—Yo no he dicho que no me guste. Sólo he dicho que no deseo hacer el amor con ella.
—Prefieres hacerlo conmigo, ¿eh?
—Así es.
—Me siento muy halagada.
—Lo dices con ironía. ¿Por qué, Sybil?
—Soy una chica bastante guasona.
—Me gustas mucho, tú lo sabes.
—Debe ser verdad, cuando me has invitado a pasar el fin de semana contigo.
—Será un fin de semana inolvidable, ya verás.
—Al menos, promete ser divertido. Tú aseguras que Leónidas es un zorro, yo opino que tú eres tan zorro como él, y sospecho que Josef no es menos zorro que vosotros dos.
Zoltan tosió.
—Yo soy bastante menos zorro que Leónidas, aunque admito que supero a Josef. Paula es más zorra que él.
—¿De veras?
—La conozco bien, créeme.
—¿Has intimado con ella?
—Sí, aunque hace ya tiempo que nuestras relaciones terminaron.
—¿De mala manera?

—Bueno, la verdad es que no fue una ruptura excesivamente cordial. A Paula le sentó como un tiro que yo la dejara, pero se le pasó pronto el enfado y ahora volvemos a ser amigos, incluso ha intentado llevarme a la cama de nuevo.
—¿Y lo ha conseguido?
—No.
—Quizá lo consiga este fin de semana.
—Cuando te vea, se le irán las ganas de intentarlo.
—¿Por qué?
—No puede competir contigo en belleza, aunque sus formas sean más opulentas que las tuyas.
—Vuelvo a sentirme halagada. Y esta vez lo digo sin ironía.
—Ya me he dado cuenta —sonrió Zoltan.
Sybil contempló de nuevo el paisaje.
—¿Falta mucho, Zoltan?
—No, estamos llegando. Cinco minutos más y divisaremos la hermosa casa de Leónidas.
—Magnífico —dijo la muchacha, y siguió mirando por la ventanilla del helimóvil.

CAPÍTULO II

La casa de Leónidas Tchenko era preciosa de verdad.

Se alzaba en la misma playa, a sólo treinta metros del mar, cuyas olas bañaban suavemente la limpia arena. Constaba de dos plantas, y tenía un porche amplísimo.

En él precisamente se encontraba Leónidas, sentado en un cómodo sillón, fumando una pipa. Había cumplido recientemente los treinta y dos años de edad, y era un tipo alto y robusto, dotado de magníficos músculos. Tenía el pelo rubio y las facciones simpáticas.

Leónidas vestía pantalón corto y una delgada camisa, totalmente desabrochada, y calzaba zapatillas de deporte. Desde el porche contemplaba a Iveta, que tomaba el sol tumbada en la arena, prácticamente desnuda, pues llevaba únicamente la pieza inferior de su bikini, y la prenda no podía ser más reducida.

Iveta tenía veinticinco años de edad, el pelo muy negro y brillante, la piel morena, los ojos verdes, y los labios muy rojos, carnosos, sensuales.

Su cuerpo, alargado y esbelto, brillaba todavía a causa de la reciente zambullida, y resultaba todo un espectáculo contemplarlo así, sin más prenda encima que el minúsculo pantaloncito del bikini, mientras las gotas de agua se deslizaban lentamente por sus pechos, por su vientre, por sus caderas, por sus muslos...

A pesar de ello, Leónidas Tchenko apartó la mirada del bello cuerpo de Iveta Masny y la posó en el mar, porque allí tenía lugar otro espectáculo, aún más tentador y excitante.

Sí, porque Josef Korda y Paula Oberon habían llegado ya, y se estaban bañando. Más que bañarse, jugaban en el agua como dos niños.

Y a la vista estaba que Paula ya no era una niña, pues, al igual que Iveta, llevaba sólo la pieza inferior del bikini, y sus exuberantes formas de mujer que ya ha cumplido los veinticuatro años quedaban totalmente exhibidas.

Josef tenía veintisiete años, sobrepasaba el metro ochenta de estatura, y aunque su complexión era más bien delgada, se trataba de un tipo fuerte y vigoroso. Su rostro, además, resultaba bastante atractivo.

Paula le echaba agua a la cara, lo empujaba, lo agarraba del pelo y lo obligaba a meter la cabeza en el agua, le saltaba a la espalda...

Le hacía de todo, vamos.

Y Josef, naturalmente, le devolvía las travesuras, aprovechando el jueguecito para estrujar las rotundas formas de Paula, que reía y chillaba cada vez que sentía las manos masculinas en sus nalgas, en

sus caderas o en sus pechos.
Leónidas mordió su pipa.
Y es que no era para menos.
De pronto, Paula, que tenía el cabello rubio y los ojos azules, se zafó de Josef y nadó briosamente hacia la playa.
Josef la persiguió, pero no se esforzó demasiado por alcanzarla.
Prefería alcanzarla fuera del agua, derribarla sobre la dorada arena, y retozar en ella.
Paula alcanzó la playa y corrió por la arena.
—¡Socorro, Leónidas...! —gritó, riendo.
Tchenko mordió de nuevo su pipa, porque la carrera de Paula resultaba tremendamente enervante, al hallarse libres de toda sujeción sus soberbios pechos, lo que los hacía saltar como locos.
Josef persiguió a Paula por la playa, con los ojos clavados en la formidable grupa femenina, que tampoco era moco de pavo. Y, como corría más de prisa que ella, la alcanzó y la derribó sobre la arena.
—¡Yá te tengo, leona!
—¡Socorro...! —gritó de nuevo Paula, sin dejar de reír.
Josef la puso boca arriba y empezó a besárselo y mordérselo todo.
—¡Te voy a devorar!
Paula continuaba riendo.
De repente, dio un grito de dolor.
Y pareció auténtico.
Josef creyó que la había hecho daño con sus dientes e interrumpió el excitante juego.
—¿Qué ha pasado, Paula?
—¡Mi trasero!
—No te lo he mordido.
—¡Ya sé que no! ¡Me lo he pinchado con algo!
—¿De, veras?
—¡Aparta, Josef!
Korda se retiró, permitiendo que Paula Oberon se irguiera.
Ella se llevó las manos al casi desnudo trasero.
—¡Sangre...! ¡Me he hecho sangre! —gritó asustada.
Leónidas Tchenko brincó del sillón, descendió del porche, y corrió hacia donde se encontraban Josef Korda y Paula Oberon, para ver qué le había ocurrido a ésta.
También Iveta Masny se puso en pie y se dirigió hacia allí.
Mientras tanto, Josef dijo:
—Déjame ver, Paula.
La rubia se dejó examinar la grupa, porque ella, lógicamente, no podía vérsela como no fuera con la ayuda de un espejo, y no tenía ninguno a mano.
El trasero de Paula seguía mojado, y la arena se había pegado a él,

por lo que Josef tuvo que sacudir las macizas nalgas femeninas. Lo hizo con suavidad, para no acentuar el dolor que la rubia debía sentir, a causa de la herida.
—No es nada, Paula. Un leve pinchazo, que ha profundizado unos pocos milímetros en tu nalga derecha, haciendo brotar unas gotas de sangre.
—¡Me duele, Josef!
—Se te pasará en seguida.
Leónidas y la morena Iveta ya se encontraban junto a ellos, observando también la pequeña herida que se había causado Paula en su nalga derecha.
—¿Con qué te has pinchado, Paula? —preguntó Leónidas.
—No lo sé.
—Hay que averiguarlo. Esta playa está muy limpia, pero no podemos descartar la posibilidad de que haya algún trozo de vidrio oculto en la arena. O alguna lata de conserva vacía. O quizá algún pedazo de alambre.
—Leónidas tiene razón —opinó Iveta—, Busquemos en la arena.
Josef, Leónidas e Iveta se pusieron a explorar la arena.
Paula se limitó a mirar.
De pronto, Josef emitió un grito.
—¡También yo me he pinchado! —dijo, mostrando las yemas de los dedos de su mano derecha.
Dos de ellas sangraban.
—Veamos qué es —dijo Leónidas, retirando con cuidado la arena que cubría el objeto que había lastimado a Paula y Josef.
El extremo del mismo apareció.
Se trataba de un objeto dorado, brillante, puntiagudo.
Leónidas, Iveta, Josef y Paula lo contemplaron, sorprendidos.
—¿Qué diablos es eso...? —exclamó la rubia.
—No lo sé, pero yo diría que es un objeto de oro... —murmuró Leónidas.
—¡Oro! —exclamó Iveta, perpleja.
—¡Sigue escarbando, Leónidas! —pidió Josef.
Tchenko, nervioso, empezó a retirar la arena que sepultaba el brillante objeto, y éste fue quedando visible.
—¡Tiene forma de pirámide! —observó Paula.
—¡Y es de oro, no cabe duda! —exclamó Josef.
—¡Una pirámide de oro! —gritó Iveta, con unos ojos como platos.
—i Y parece oro macizo! —dijo Leónidas, que seguía retirando arena, cada vez más nervioso.
Trataba de alcanzar la base de la pirámide.
Era una pirámide cuadrangular, perfecta desde su base hasta su vértice. Tendría unos veinte centímetros de altura y brillaba

poderosamente.
Leónidas la cogió, para calcular su peso.
—¡Es maciza! ¡Pesa más de veinte kilos! —hizo saber.
—¡Veintitantos kilos de oro! —exclamó Paula.
—¡El oro más brillante y más puro que he visto jamás! —dijo Josef.
—¡Esa pirámide vale una fortuna! —dijo Iveta.
Los cuatro la tocaron.
La acariciaron, más bien.
Y es que tenían que tactarla con sus propias manos para convencerse de que se trataba de una imagen real, no de un espejismo.
—¡Es maravilloso, muchachos! —exclamó Paula, que ya no se acordaba de la herida que tenía en la nalga derecha, causada por el afilado vértice de la pirámide de oro.
—¡Fantástico de verdad! —dijo Josef, que tampoco se acordaba de que se había lastimado las yemas de dos de sus dedos de la mano diestra.
—¡Somos ricos! —exclamó Iveta.
—¡Haremos partes iguales, a pesar de que la pirámide haya aparecido en mi propiedad! —dijo Leónidas.
—Sí, ha aparecido en tu propiedad, pero si no llega a ser por mi trasero, que se posó justo encima de la pirámide, jamás la hubiéramos encontrado —señaló Paula.
—¡Eso es verdad! —rió Leónidas.
—¡No olvides que yo te hice caer sobre la pirámide, Paula! —recordó Josef.
—¡Cierto!
—¡Y que luego me pinché los dedos, buscándola!
—¡Es verdad!
Siguieron riendo los cuatro, contentos y felices. Justo en ese momento, se escuchó el ruido de un motor.
Miraron los cuatro hacia el cielo.
Era el helimóvil de Zoltan Lacher, que se aproximaba.

CAPÍTULO III

—Esa es la casa de Leónidas Tchenko, Sybil —dijo Zoltan Lacher.
—Realmente magnifica —respondió Sybil Daniel, aunque, más que en la casa, se estaba fijando en los dos hombres y en las dos mujeres que se veían en la playa, arrodillados en la arena, en torno a algo.
Zoltan también los observó.
—El tipo rubio es Leónidas y el otro Josef.
—No están mal —sonrió Sybil.
—La chica morena es Iveta. La del pelo rubio Paula.
—Las dos están con los pechos al aire.

—¿No te bañas tú así, Sybil?
—Normalmente, sí.
—Estoy deseando verte.
—¡Qué granuja eres!
Zoltan rió cuando Sybil descubrió que algo brillaba con fuerza sobre la arena, en medio del corro que formaban Leónidas, Iveta, Josef y Paula.
—¿Qué es eso que brilla con tanto fulgor, Zoltan...?
Lecher descubrió que también el objeto dorado.
—Parece una pequeña pirámide... —murmuró.
—¿Por qué brillará así?
—No lo sé.
El helimóvil se posó en la playa, a unos diez metros de donde se encontraban Leónidas, Iveta, Josef y Paula, levantando una nube de arena con el potente girar de sus hélices.
Zoltan paró el motor, y él y Sybil descendieron del aparato.
Se aproximaron a Leónidas, Iveta, Josef y Paula.
Leónidas clavó sus ojos en Sybil.
También Josef, Iveta y Paula escrutaron a la chica que traía Zoltan.
Paula no pudo evitar un ramalazo de celos.
Sybil era demasiado bonita.
Y estaba demasiado bien de formas.
Iveta también sintió la mordedura de los celos, aunque por distinto motivo. Temía que Leónidas se encaprichase de la amiga de Zoltan e intentase hacer el amor con ella.
Sybil no se enteró de que Leónidas, Iveta, Josef y Paula la estaban examinando a fondo, porque ella sólo tenía ojos para la brillante pirámide dorada.
Lo mismo le sucedía a Zoltan.
Y es que ambos habían adivinado ya que la pirámide era de oro.
La sorpresa, naturalmente, les impedía pensar en otra cosa.
Zoltan preguntó:
—¿Qué significa eso, Leónidas...?
—Estaba enterrada en la arena —explicó el rubio, tocando la pirámide.
—¿Enterrada en la arena...?
—Sí; acabamos de encontrarla.
—Es de oro, ¿verdad?
—Oro purísimo, Zoltan. Y es maciza. Pesa más de veinte kilos.
Lacher se quedó con la boca abierta.
—Más de veinte kilos... —murmuró, sin poderlo creer.
—¡Menudo tesoro! —exclamó Sybil, con ojos dilatados.
—Tendréis vuestra parte, no os preocupéis —prometió Leónidas.
—¿De veras...? —exclamó Zoltan.

—Hay suficiente para los seis.
Paula Oberon frunció el ceño.
No le importaba que una parte de aquel fabuloso tesoro fuera para Zoltan, pero sí le contrariaba que hubiera otra parte para la chica que había traído él consigo, puesto que se trataba de una desconocida.
Estuvo a punto de protestar, pero no se atrevió.
La hubieran tomado todos por una egoísta.
Zoltan y Sybil se arrodillaron en la arena, para observar la pirámide de oro de más cerca.
—Me pregunto cómo y cuándo llegaría esta fantástica pirámide hasta aquí... —murmuró Zoltan.
—Quizá cayó del cielo —bromeó Leónidas.
—Es muy extraño que haya aparecido así, de pronto. ¿No creéis...?
—No apareció de pronto, Zoltan —repuso Josef—. Sucedió que Paula se sentó sobre ella. Se acostó, más bien, y el vértice de la pirámide le causó una pequeña herida en la nalga derecha. Enséñasela, Paula.
—Con mucho gusto —sonrió la rubia, y se dio la vuelta.
Zoltan y Sibyl observaron el magnífico trasero de Paula, que ésta sacó más de la cuenta, tanto para excitar a Zoltan, como para despertar la envidia de Sybil, ya que grupas tan exuberantes como la suya no abundaban.
Pero ni Zoltan se excitó, ni Sybil sintió envidia alguna, porque seguían pensando exclusivamente en la pirámide de oro macizó.
—Yo también me lastimé los dedos, cuando escarbaba en la arena —informó Josef, mostrando su mano derecha.
—Deberías curarte esos cortes, Josef —aconsejó Zoltan—.Y tú la herida de la nalga, Paula. No sabemos de dónde procede esta valiosa pirámide, a quién perteneció, ni cuántos años tiene. Es conveniente desinfectar las heridas que os causó, por leves que sean.
Josef y Paula cambiaron una mirada.
—¿Pretendes asustarnos, Zoltan...? —dijo él.
—Por supuesto que no, Josef. Sencillamente, desconfío de las cosas extrañas y misteriosas. Y el hallazgo de esta pirámide de oro lo es en grado sumo.
Iveta Masny intervino:
—Zoltan tiene razón. Debéis curaros las heridas.
—Sí, hacedlo —dijo Leónidas.
—Está bien, las desinfectaremos —accedió Paula—, Pero, antes, creo que Zoltan debería presentarnos a su amiguita.
—Se llama Sybil; Sybil Daniels —dijo Lacher.
—Preciosa muchacha, Zoltan —comentó Leónidas,
—Gracias —sonrió Sybil.
—Y muy joven —adivinó Josef.
—Ya he cumplido los veinte —hizo saber Sybil

—Una edad maravillosa —habló de nuevo Leónidas
—¿Y nosotras qué somos, unas abuelas? —gruñó Iveta.
Tchenko tosió.
—Yo no he dicho eso, Iveta.
—Pero lo has dado a entender.
Leónidas le pasó el brazo por la cintura.
—No digas tonterías, Iveta —sonrió, y le dio un fugaz beso en los labios.
—Los hombres todo lo arregláis a besos —rezongó Paula.
—Será mejor que entremos en la casa —carraspeó Leónidas—. En el cuarto de baño hay un botiquín. Utilizadlo para curar vuestras heridas, Josef.
—¿Y la pirámide de oro...?
—Yo cargaré con ella.
Leónidas colgó la destellante pirámide con ambas manos, por su base.
Echaron todos a andar hacia la casa.
Iveta recogió su bata de baño y se la puso, atándose el cinturón.
Paula hizo lo propio, pero como su bata de baño era descaradamente transparente, pareció que no se ponía nada. Josef se limitó a colgarse una toalla al cuello.
Alcanzaron la casa y penetraron en ella, sin sospechar que Leónidas llevaba en sus manos algo más que una hermosa pirámide oro macizo.
Aquel valioso objeto, misteriosamente encontrado en la playa, poseía un gran poder, y era extraordinariamente peligroso.
Zoltan, Sybil, Leónidas, Iveta, Josef y Paula no lo sabían, pero aquél iba a ser un fin de semana terrible, horroroso, realmente alucinante.

CAPÍTULO IV

Josef Korda y Paula Oberon se encontraban en la habitación que Leónidas Tchenko les había destinado, curándose las heridas causadas por el vértice de la pirámide de oro.
Sobre la redonda cama, abierto, descansaba el botiquín que habían tomado del armario del cuarto de baño. Paula había cogido un desinfectante y lo estaba aplicando a los pequeños cortes que Josef tenía en las yemas de dos de sus dedos.
Josef se había sentado en la cama, sobre la toalla, porque seguía en bañador y éste continuaba húmedo. También Paula seguía luciendo el diminuto pantaloncito del bikini y la transparente bata de baño. Se hallaba en pie, frente a Josef.
Este dijo:
—Ya basta, Paula. Sólo son un par de ligeros rasguños.

—¿No oíste lo que dijo Zoltan? Hay que desinfectar bien las heridas, por si las moscas.
—Las mías ya están suficientemente desinfectadas. Ahora me toca a mí desinfectar la tuya. Vamos, échate en la cama.
—Espera que me quite la bata, para que no te moleste mientras me curas el picotazo que me dio la pirámide en la nalga.
—Iba a sugerírtelo.
—Pícaro —sonrió sensualmente Paula, mientras se despojaba de la descarada bata.
Después, se tumbó sobre la cama, boca abajo y al través.
—Ya puedes empezar, Josef.
Este carraspeó ligeramente.
—¿Puedo bajarte el pantaloncito, Paula?
—¡Pero si apenas me cubre nada!
—Aún así, entorpecerá la cura.
—Eres un maldito bribón, Josef.
—¿Puedo, Paula? —insistió él.
—De acuerdo, bájamelo —accedió ella, adivinando sus intenciones.
Josef tiró del insignificante pantaloncito y la dejó con el culo al aire. Como estaba antes de que tirara de la prenda, poco más o menos.
Paula lo miraba por encima del hombro, con malicioso gesto.
—¿Empiezas o no empiezas, Josef?
—Oh, sí, manos a la obra.
—¿De arte?
Josef soltó una carcajada.
—¡Muy bueno él chiste, Paula!
—¿Es o no una obra de arte, Josef?
—¡Ya lo creo que lo es!
Ahora fue Paula la que rió.
—Vamos, cúrame de una vez.
Josef le desinfectó la pequeña herida.
Y fue precisamente entonces, al pasarle suavemente el algodón empapado de desinfectante, cuando descubrió que la piel que rodeaba la herida estaba adquiriendo una extraña tonalidad.
Se quedó muy quieto, los ojos fijos en la nalga derecha de Paula.
Esta vio que ponía una cara muy rara, y preguntó:
—¿Ocurre algo, Josef?
—Tu trasero.
—¿Ya no te parece una obra de arte?
—Está cambiando de color.
Paula dio un nervioso respingo.
—¿Que está qué...?
—Cambiando de color —repitió Josef.
Paula pensó que bromeaba y ella también bromeó.

—Será que se ha ruborizado, al quedarse completamente desnudo.
—No se está poniendo colorado, sino amarillento.
—¿Quieres decir que se está convirtiendo en un trasero chino...?
Josef la miró a los ojos.
Serio.
Preocupado.
Incluso un poco asustado.
—No creas que bromeo, Paula. Es verdad que el trasero te está cambiando de color. Justo donde te produjo la herida la pirámide de oro.
Paula Oberon empezó a sentirse preocupada también.
—¿No me engañas, Josef...?
—Compruébalo tú misma.
Paula, instintivamente, trató de mirarse la grupa.
No pudo, claro.
Necesitaba un espejo.
Paula saltó nerviosamente de la cama y corrió hacia el armario de la ropa, en cuyo espejo, de cuerpo entero, pudo contemplarse la parte posterior de su anatomía.
—¡Es cierto! —exclamó, palideciendo.
Josef Jorda se levantó de la cama y fue también hacia el armario.
Se fijó de nuevo en la nalga derecha de Paula.
Ahora, la mancha amarillenta que había aparecido en torno a la pequeña herida era más grande. Cuando Josef la descubrió, tenía apenas un par de centímetros de diámetro, mientras que ahora tenía ya cinco o seis centímetros.
Evidentemente, la mancha amarillenta crecía.
Y lo hacía con una rapidez que asustaba.
Paula Oberon, más que asustada, estaba aterrorizada.
—¿Qué me está pasando, Josef...?
—No lo sé.
—¿Por qué mi trasero se vuelve amarillo...? ¿Qué misterio es éste...? ¿Tendrá algo que ver con la pirámide de oro...?
—Es muy posible, Paula. Tu piel no sólo se está volviendo amarillenta alrededor de la herida, sino brillante, como si quisiera adoptar la misma tonalidad del oro...
Paula se estremeció de pies a cabeza.
—¡No digas disparates, Josef!
—Ya sé que parece una barbaridad, pero...
De repente, Paula dio un fuerte respingo.
—¡Josef!
—¿Qué?
—¡Tus dedos!
—¿Mis dedos?

—¡Los que te heriste cuando escarbabas la arena! ¡También se están volviendo amarillentos...!
Josef Jorda se miró los dedos de la mano derecha.
Al instante, su frente se cubrió de pequeñas gotas de sudor.
Un sudor frío.
Helado.
Y es que era causado por el terror.
Por el pánico más absoluto.
Por el pavor más intenso.
Lo de sus dedos, era cierto.
Se estaban tomando amarillentos.
Dorados.
Brillantes.
Como si quisieran copiar la tonalidad de la misteriosa pirámide de oro encontrada en la playa.
Resultaba difícil de creer, pero así era.
Josef Jorda alzó sus aterrados ojos y miró a Paula Oberon.
—Es cosa de la pirámide de oro, Paula, no cabe la menor duda. La piel de nuestros cuerpos ha empezado a cambiar de color justo donde resultamos heridos por el vértice de la maldita pirámide. Algo se ha metido en nuestra sangre. Algo terrible, espantoso, diabólico... Y nos lo metió ella. ¡La pirámide, Paula!
Paula Oberon se sintió desfallecer de terror.
Terror a lo desconocido.
A lo misterioso.
A lo sobrenatural...
Con ojos desencajados, volvió a mirarse el desnudo trasero en el espejo del armario de la ropa. No puso reprimir un gemido de horror, porque la mancha amarillenta había crecido tanto mientras ella hablaba con Josef, que ya le cubría casi totalmente la nalga derecha.
Y, para mayor horror, Paula descubrió que en el mismo centro de su nalga izquierda había aparecido otra pequeña mancha, igualmente amarillenta, dorada, brillante...
—Josef! —chilló al borde del paro cardíaco—, ¡Me ha salido otra mancha idéntica en la nalga izquierda...!
Josef Jorda comprobó que era cierto, y también su terror se acentuó.
Sus temores se estaban haciendo realidad.
La misteriosa pirámide de oro hallada en la playa les había metido algo demoníaco en la sangre, al herirles con su afilado vértice, y sus cuerpos, poco a poco, iban a cambiar totalmente de color, de los pies a la cabeza.
Nada ni nadie podría evitarlo.
Iban a convertirse en dos figuras amarillentas y brillantes, como bañadas en oro. Algo espeluznante, horroroso, de pesadilla, pero

desgraciadamente real.
Josef, pálido como un difunto, se miró sus temblorosas manos.
Los dos dedos de su mano derecha que resultaban heridos, ya habían cambiado totalmente de dolor, y los otros tres habían ya empezado a tornarse amarillentos y brillantes.
Con creciente horror, Josef descubrió que los dedos de su mano izquierda habían empezado también a transformarse, adquiriendo la tonalidad dorada y reluciente del oro.
—Dios mío... —musitó, sintiendo que las rodillas le flaqueaban.
Paula, por su parte, empezó a descubrir pequeñas manchas amarillentas y brillantes en sus pechos, en su estómago, en su vientre, en sus caderas, en sus muslos...
Sufrió una especie de sacudida eléctrica, provocada por el pánico cerval que se había apoderado de toda su persona, y chilló desesperadamente:
—¡Josef...!
Josef Korda ni siquiera la miró.
Se estaba mirando a sí mismo, porque había descubierto que todo su cuerpo se hallaba salpicado de pequeñas manchas amarillentas.
Paula Oberon no pudo resistirlo por más tiempo y se desplomó, desvanecida. Tan sólo unos segundos después, era Josef Korda el que se derrumbaba, igualmente sin sentido.
Y en el suelo quedaron los dos, inmóviles, mientras sus cuerpos se convertían en increíbles figuras doradas y brillantes como el oro más puro.

CAPÍTULO V

En el magnifico salón, Leónidas Tchenko, Iveta Masny, Zoltan Lacher y Sybil Daniels contemplaban la destelleante pirámide de oro, que el propietario de la casa había puesto sobre la mesa de cristal ahumado que se hallaba frente al largo y moderno sofá, en el que se habían sentado Leónidas e Iveta.
Zoltan ocupaba el sillón de la derecha, y Sybil el de la izquierda.
Leónidas se mesó el rubio cabello y dijo:
—No me canso de mirarla.
—Ni yo de tocarla —sonrió Iveta, alargando la mano hacia la peligrosa pirámide.
La acarició una y otra vez.
—Cuidado con el afilado vértice, Iveta —advirtió Zoltan—. Corta como la punta de un estilete,
—No temas.
Zoltan también se pasó la mano por el cabello.
—Me sigue intrigando el extraño hallazgo de esta valiosa pirámide,

Leónidas.
—Continúas preguntándote cómo y cuándo llegó a este pedazo de playa que yo compré para construirme una casa, ¿eh?
—Así es.
—Lo siento, pero no tengo respuesta para ninguna de las dos preguntas, Zoltan. Y la verdad es que no me preocupa.
—¿Tampoco te preocupa a quién perteneció, Leónidas?
—Mejor ignorarlo, Zoltan. Ahora nos pertenece a nosotros, puesto que ha aparecido en un terreno que es de mi propiedad. Somos dueños de más de veinte kilos de oro puro. Eso es en lo único que debemos pensar, muchacho.
Zoltan Lacher hizo una mueca.
—No quisiera enfriar tu entusiasmo, Leónidas, pero tengo el extraño presentimiento de que la pirámide de oro nos va a traer problemas a todos.
—¿Problemas...?
—Sí.
—¿Qué clase de problemas, Zoltan? —preguntó Iveta.
—No lo sé.
Leónidas rió.
—Eso es una tontería, Zoltan. La pirámide de oro no puede causarnos ningún problema. Se trata simplemente de un objeto. Y, por suerte para nosotros, muy valioso. Nos va a proporcionar riqueza a los seis, ya que nos corresponden casi cuatro kilos de oro puro a cada uno. ¡Cuatro kilos, muchacho!
Zoltan sonrió ligeramente.
—Vistas las cosas así...
—¿Por qué no os dais una zambullida? —sugirió Iveta—. Aún tardaremos una hora larga en cenar, tenéis tiempo de sobra.
Zoltan miró a Sybil.
—¿Nos bañamos, nena?
—Bueno.
—Vamos por nuestras cosas, pues —dijo Lacher, levantándole—. Nos cambiaremos arriba.
Sibyl se puso también en pie.
Leónidas indicó:
—Ocupad la habitación de la izquierda, Zoltan. La de la derecha la ocupan Josef y Paula. Y ya sabes que la del centro es la mía.
—De acuerdo —sonrió Zoltan—. Vamos, Sibyl.
Salieron los dos del salón.
Fuera ya de la casa, en el hermoso porche, Sybil dijo:
—Salta a la vista que Leónidas Tchenko es de origen soviético, pero ¿de dónde procede Iveta Masny?
—Es checa. Como Josef Korda.

—¿También Josef es checo...?
—Sí. Incluso yo tengo algo de checo.
—¿En serio?
—La mitad, exactamente, puesto que mi madre era checa y mi padre norteamericano. Llevo el apellido de mi padre, Lacher, pero mi madre quiso que me pusieran un nombre checo, y me llamaron Zoltan, como mi abuelo.
—Me gusta Zoltan.
—Es decir, que te gusto yo —sonrió Lacher, abarcándola por la desnuda cintura.
Sybil le puso las manos en el pecho.
—Me refería al nombre —aclaró.
—¿Y qué me dices del hombre?
—Pues, que tampoco está mal... Pero vas a tener una fuerte competencia, ¿sabes?
—¿Qué quieres decir?
—Josef es un tipo muy atractivo. Y Leónidas, con su elevada estatura y sus poderosos músculos, resulta también un hombre muy interesante...
—¿Acaso yo soy un enano? ¿O un enclenque?
—¡Por supuesto que no! —rió Sybil.
—Leónidas ya tiene a Iveta. Y Josef, a Paula. Tú debes reservarte para mí.
—Esa es mi intención, Zoltan. Pero si Leónidas y Josef me acosan...
—Los mandas a paseo y en paz.
—¿Celoso...?
—Creo que sí —admitió Zoltan, y la besó ardorosamente en los labios.
Sybil no puso objeciones.
Incluso colaboró en el beso.
Cuando separaron sus bocas, Zoltan dijo:
—Ninguna chica me ha gustado tanto como tú, Sybil. Y te aseguro que he conocido muchas.
—¿Ni siquiera Paula?
—Por ella no sentí nada especial.
—Pues está como una astronave de bien.
—Paula es sólo un cuerpo exuberante. Por eso rompí con ella. Lo único que tiene de bueno es su físico.
—¿Y yo tengo más cosas buenas?
—Muchas más —respondió Zoltan, y la besó de nuevo con ardor.

* * *

Zoltan Lacher y Sybil Daniels se dirigían ya hacia su habitación, portando las cosas que habían traído en el helimóvil. Antes de entrar en ella, Zoltan echó una mirada la puerta de la habitación ocupada por

Josef Korda y Paula Oberon.
Como sabía que todavía no habían bajado, desde que subieran a curarse las héridas, sonrió y dijo:
—Josef y Paula deben de estar haciendo el amor.
—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Sybil.
—El rato que llevan en la habitación.
—Desinfectar heridas lleva su tiempo, Zoltan —sonrió la muchacha, con ironía.
—Y lo otro también, si se quiere disfrutar de verdad —repuso él, empujándola hacia el interior de la habitación.
Cerraron la puerta y dejaron sus cosas sobre la cama, de forma circular, grande, mullida. Sybil la tanteó con sus manos y comentó:
—Qué bien se debe dormir aquí.
—Y qué bien se debe hacer el amor —añadió Zoltan.
—Tú ya debes saberlo.
—¿Yo?
—Debes de haber pasado muchos fines de semana en esta casa, y dormido en esta cama con distintas mujeres. Entre ellas, Paula Oberon.
Lacher tosió.
—Bueno, la verdad es que...
—No, si no me importa que hayas hecho el amor en esta misma cama con otras mujeres.
—¿De verdad que no?
—Lo único que te pido es que no te acuerdes de ninguna de ellas cuando estés conmigo. Eso sí que me molestaría. Odio las comparaciones, ¿sabes?
Zoltan la enlazó suavemente por el talle.
—No haré comparaciones, te lo prometo,
—Hemos subido a cambiarnos, ¿no?
—Sí.
—Entonces dejémonos de abrazos y besos, o no tendremos tiempo de bañarnos —dijo Sybil, escabulléndose.
Zoltan rió y abrió su maletín, sacando de él un escueto bañador brillante. Después, empezó a desvestirse.
Sybil, por su parte, abrió su fin de semana, en donde, entre otras cosas, portaba un bikini y una corta bata de baño. Sólo cogió el pantaloncito del bikini y la bata. Luego, procedió a desnudarse también.
Zoltan ya se había despojado del plateado chaleco y de las botas, y ahora se estaba sacando el ajustado pantalón color bronce. Lo hizo de espaldas a Sybil, pero de vez en cuando volvía la cabeza.
Sybil, también de espaldas a él, se despojó de la graciosa miniblusa adornada con flecos, y de los dorados Shorts, quedando en slip, muy

breve y sugestivo.
Antes de despojarse también del pequeño slip, la joven se sentó en la cama, para sacarse las altas botas.
—¿Te ayudo, Sybil? —se ofreció Zoltan.
Ella lo miró por encima del hombro.
—Gracias, pero no es necesario.
—Como quieras —dijo Zoltan, que también se encontraba ya en slip.
Se lo sacó y se colocó el brillante bañador.
—Yo ya estoy listo —hizo saber.
—En seguida estaré yo también —dijo Sybil, poniéndose en pie.
Ya se había quitado las botas.
Se quitó también el reducido slip, y quedó completamente desnuda.
Zoltan examinó la parte posterior del cuerpo de Sybil, porque ella seguía dándole la espalda.
—Si no te disgustaran los piropos...
Sybil volvió a mirarle por encima del hombro.
—Me disgustan, ya lo sabes —dijo, sonriendo.
—Por eso me callo.
—Mejor.
Sybil se colocó el pantaloncito del bikini y la corta bata de baño, que se cerraba pasando una fina cadena dorada. En realidad, quedaba entreabierta, lo que permitió que Zoltan contemplara parte de los bellos y retadores senos de la muchacha.
—Podemos irnos, Zoltan.
—¿Adonde?
—A bañarnos, naturalmente.
—Se me han ido las ganas.
—¿De veras?
—Por completo.
—Pues a mí, no. Anda, vamos.
Zoltan la cogió del brazo.
—Un momento, Sybil.
—No me lo propongas, Zoltan.
—¿El qué?
—Hacer el amor ahora.
—¿No te apetece?
—Me apetece más el baño.
—¿Cómo es posible?
—Tenemos toda la noche por delante para amarnos, Zoltan. En cambio, tenemos una hora escasa para bañarnos.
—Podemos bañarnos después de cenar.
—Sí, y que se nos corte la digestión. Venga, vámonos ya.
Zoltan exhaló un suspiro de resignación.
—Está bien, tendré que conformarme —dijo, y se dejó sacar de la

habitación por Sybil.
Justo en aquel momento, se abría también la puerta de la habitación que ocupaban Josef Korda y Paula Oberon.
—Mira, Josef y Paula ya han terminado de hacer el amor —rezongó Zoltan—. Ellos han tenido más suerte que...
Zoltan Lacher no pudo acabar la frase.
Se había quedado mudo de repente.
Tampoco Sybil Daniels podía hablar.
El asombro se lo impedía.
El estupor, más bien.
También Zoltan se hallaba absolutamente estupefacto.
Y, ciertamente, no era para menos.

CAPÍTULO VI

Josef Korda y Paula Oberon estaban saliendo de su habitación.
El checo continuaba en bañador, y la rubia llevaba como única prenda el diminuto pantaloncito del bikini.
Esto, naturalmente, no era la causa del estupor que había dejado paralizados y sin habla a Zoltan Lacher y Sybil Daniels, sino el increíble aspecto que ofrecían Josef y Paula.
No parecían ellos.
Parecían seres de otro mundo.
Les había cambiado totalmente el color de la piel, que ahora era dorada y brillante como el oro. Incluso su pelo había adquirido aquella extraña tonalidad.
Sus cabellos, ahora, parecían metálicos.
Miles de finas hebras relucientes como el oro.
Hasta las bolas de sus ojos habían cambiado de color, y brillaban más poderosamente aún que la piel de sus cuerpos. Ni siquiera las uñas de los dedos de sus manos y pies conservaban su color natural.
Todo parecía de oro.
Incluso el vello que poblaba el pecho, los brazos y las piernas de Josef Korda. Y sus cejas. Y sus pestañas. También las de Paula Oberon.
Era algo increíble.
Escalofriante.
Alucinante de verdad.
Josef Korda y Paula Oberon semejaban dos estatuas de oro, sólo que vivientes, puesto que podían moverse, caminar, actuar...
Con paso lento, pero firme y seguro, echaron a andar hacia los atónitos Zoltan Lacher y Sybil Daniels. Caminaban con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, sin moverlos para nada, como si se tratara de un par de autómatas.

Zoltan y Sybil continuaban quietos.
La sorpresa les impedía reaccionar.
Con ojos agrandados, reflejando toda la perplejidad del mundo, vieron acercarse a los transformados Josef y Paula.
Instintivamente, Sybil dio un paso atrás.
—Zoltan —fue capaz de musitar.
Lacher dio también un paso hacia atrás.
Sybil lo cogió del brazo y le clavó las uñas en él, sin darse cuenta de lo que hacía.
Josef y Paula seguían aproximándose.
Serios.
Rígidos.
Sin pestañear siquiera.
Zoltan y Sybil retrocedieron de nuevo y entraron en la habitación.
No cerraron la puerta.
Ni siquiera pensaron en ello.
Sólo tenían ojos para Josef y Paula.
Estos alcanzaron la habitación y penetraron en ella.
Ellos sí cerraron la puerta.
Lo hizo Josef, con su mano derecha.
Zoltan y Sybil habían retrocedido hacia la redonda cama.
Sybil tropezó con ella y perdió el equilibrio, quedando sentada en la cama.
—Zoltan... —musitó de nuevo, sin soltar el brazo de él, lastimándoselo con sus uñas.
Lacher apenas sentía el dolor.
Sin embargo, fue capaz de preguntar:
—¿Qué os ha ocurrido...?
Josef y Paula no respondieron.
Con caminar de autómatas, avanzaron hacia la cama,
Zoltan intuyó que iban a atacarles, y se preparó para la defensa.
—¡Súbete a la cama, Sybil!
La muchacha obedeció, aterrorizada.
Paula fue por ella, mientras Josef atacaba a Zoltan.
Lo hizo con la mano abierta, buscándole el cuello.
Zoltan saltó de lado y esquivó el golpe, contraatacando con rapidez.
Le estrelló el puño en la cara a Josef.
Sorprendentemente, el checo apenas acusó el golpe, a pesar de que fue muy duro.
Zoltan no tuvo tiempo de golpearle por segunda vez, ya que el filo de la mano de Josef buscaba de nuevo su cuello, lo que le obligó a dar otro veloz salto.
Consiguió burlar el hachazo.
Una fracción de segundo después, el puño de Zoltan percutía de

nuevo en el rostro de Josef, con más potencia aún que antes, para ver si así tumbaba al checo.
Pero no.
Josef Korda ni siquiera pestañeó.
Era increíble.
El checo, ahora, poseía la resistencia de un búfalo.
Pegarle a él, era como pegarle a un bloque de granito.
Y, si había adquirido aquella extraordinaria capacidad para resistir los golpes, era de suponer que también la potencia de sus golpes se habría multiplicado.
Eso pensaba Zoltan Lacher.
Y por desgracia, lo comprobó en seguida, ya que esta vez no pudo burlar totalmente el nuevo hachazo de Josef. No lo recibió en el cuello, que era el objetivo del checo, pero sí en el hombro.
En el izquierdo, concretamente.
Zoltan tuvo la terrible sensación de que se lo arrancaba de cuajo.
El dolor, espantoso, le hizo dar un aullido, mientras se derrumbaba.
Mientras tanto, Paula Oberon había estado persiguiendo a Sybil Daniels por la habitación, pero todavía no había podido alcanzarla.
Sybil saltaba por encima de la redonda cama, dando gritos de terror,
Paula se movía con menos rapidez que ella, pero lo hacía con inteligencia, cortándole en todo el momento el paso hacia la puerta, para que no intentara escapar de la habitación.
En uno de sus saltos, Sybil perdió el equilibrio cayó a suelo, junto a la cama.
Paula se dijo que ahora tenía la oportunidad de atrapar a Sybil, y saltó sobre ella. No le propinó golpe alguno, limitándose a tocarle las sienes con sus dedos.
Sybil chilló como si la estuvieran asando viva.
Y no era para menos.
¡Estaba recibiendo una descarga de energía!
¡Los dedos de Paula parecían tener electricidad!
¡Era como si la estuvieran electrocutando!
Sybil nada pudo hacer por librarse de Paula y acabar con aquel terrible suplicio. No tenía fuerzas, su cuerpo estaba agarrotado por la descarga de energía, temblaba, se estremecía, se convulsionaba...
Paula mantuvo sus dedos en las sienes de Sybil, prolongando la horrible tortura.
Al oír chillar tan desgarradoramente a Sybil, Zoltan se volvió hacia ella, agarrándose el hombro izquierdo, cuyo dolor era insufrible. Descubrió a Paula sobre la muchacha, tocándole las sienes, y adivinó que ésa era la causa de los alaridos de Sybil.
—¡Déjala, maldita! —rugió, intentando ponerse en pie—, ¡Apártate de ella!

Josef pareció que iba a asestarle otro golpe, con el canto de su mano derecha, pero cambió de idea y agarró la cabeza de Zoltan por detrás, buscándole las sienes con las yemas de sus dedos.
Las encontró, y Zoltan recibió una terrible descarga eléctrica.
Al igual que Sybil, chilló de forma desgarradora, tembló, se agitó, se contorsionó... Pero nada pudo hacer, tampoco, por librarse de los eléctricos dedos del checo.
Sybil no pudo resistir por más tiempo aquel horrible tormento, y se desvaneció.
Poco después, era Zoltan quien perdía el conocimiento.
Y ambos quedaron a merced de los transfigurados Josef y Paula.

CAPÍTULO VII

Leónidas Tchenko e Iveta Masny continuaban en el salón, ajenos por completo a lo que estaba sucediendo en la planta superior, ya que desde allí no podían oírse los gritos ni los ruidos dados y producidos en las habitaciones de arriba.
Ambos seguían sentados en el sofá, contemplando y acariciando la hermosa pirámide de oro, cuyos poderes ellos desconocían todavía, por lo que ignoraban el grave peligro que corrían.
—Josef y Paula tardan en bajar —observó Iveta.
«Seguro que están haciendo el amor», pensó Leónidas.
—La mejor manera de celebrar el hallazgo de la pirámide de oro, ¿no crees? —sonrió la checa, con pícaro gesto.
—Desde luego —estuvo de acuerdo el soviético.
Iveta le puso la mano en el hombro.
—¿Lo celebramos nosotros también así, Leónidas...?
—Naturalmente.
—¿Me lo prometes?
—¿Es que lo dudas, Iveta?
La checa se mordió el labio inferior.
—Sé que Sybil te causó una gran impresión, Leónidas.
—Es cierto.
—Te gustaría hacer el amor con ella, confiésalo.
—Lo admito. Pero eso no quiere decir que lo haga. Ni siquiera que lo intente. Sybil ha venido con Zoltan, y lo lógico es que se acueste con él, no conmigo.
—Como Zoltan se descuide...
Tchenko sonrió.
—Tranquila, no intentaré nada con Sybil, aunque se me presente la oportunidad. Ni con Paula, a pesar de lo tremenda que está. Este fin de semana me dedicaré exclusivamente a ti, que dicho sea de paso, estás tan bien o mejor que Sybil y Paula —aseguró, acariciándole los

esbeltos muslos.
—Sé que soy hermosa, pero tú me tienes muy vista, muy tocada, y muy poseída. Te estás cansando de mí, reconócelo.
—¿Cansado yo de ti...?
—Sí, eso es lo que pienso.
—Pues no puedes estar más equivocada, Iveta. Si hay alguna mujer en el mundo de la que yo jamás me cansaría, esa mujer eres tú, te lo aseguro.
—Me gustaría creerte, pero...
—Es la verdad, Iveta, te lo juro —insistió Leónidas, cogiéndola por los hombros—. Estoy enamorado de ti, te quiero, y tú lo sabes, porque te lo he dicho muchas veces.
—Sí, me lo has dicho docenas de veces. Pero no quieres casarte conmigo.
—¿Quién ha dicho que no?
—Nunca me lo has pedido.
—Porque no tengo ninguna prisa.
—No quieres perder tu libertad, ésa es la verdadera razón. Te gustan demasiado las mujeres, y no te conformas con una sola. Quieres poseerlas a todas.
Tchenko carraspeó.
—Soy un poco granuja, lo reconozco. Pero soy tremendamente sincero al decir que tú eres la única mujer que de verdad me importa, Iveta. Las otras son sólo para pasar el rato. Contigo, sin embargo, deseo pasar toda la vida.
—Cásate conmigo, entonces.
—Lo haré, te lo prometo.
—¿Cuándo?
—Muy pronto.
—Dame una fecha aproximada.
—Prefiero darte un beso —sonrió el zorro de Leónidas, y le selló la boca.
Iveta estuvo a punto de rechazarle, pero no lo hizo.
Leónidas era así, y así tenía que aceptarle.
Quizá se casara con ella algún día o quizá no, pero, mientras tanto, no debía rechazar sus besos, sus caricias, ni sus abrazos amorosos.
Iveta notó que la mano de Leónidas se deslizaba por la abertura de su bata de bata de baño y alcanzaba sus pechos desnudos, que al instante se estremecieron de placer.
Puesto que se encontraban solos en el salón, la checa decidió sacarle el máximo partido a la situación. Se dejó caer hacia atrás, arrastrando consigo a Leónidas, y cuando su espalda descansó en el sofá, Iveta se soltó el cinturón y abrió su bata de par en par, para que el soviético pudiera acariciarle los senos a sus anchas.

Leónidas lo hizo, y luego se los besó y se los mordisqueó hábilmente, haciendo gemir de gozo a Iveta.
Así de bien se lo estaban pasando los dos, cuando Josef Korda y Paula Oberon aparecieron en la puerta del salón. Se detuvieron unos segundos allí, observaron a Leónidas e Iveta, y luego caminaron hacia el sofá.
Iveta tenía los ojos cerrados, pero los entreabrió un instante, para mirar a Leónidas, y fue entonces cuando descubrió a los transformados Josef y Paula.
La sorpresa, aunque mayúscula, no le impidió gritar:
—¡Leónidas...!
Tchenko levantó bruscamente la cabeza, alarmado.
—¿Qué ocurre...?
—¡Mira!
El soviético giró la cabeza y descubrió a Josef y Paula.
—No es posible... —musitó, contemplando con ojos desorbitados los dorados y brillantes cuerpos de Josef y Paula, que parecían haber recibido un baño completo de oro.
Josef y Paula se detuvieron frente a la mesa de cristal ahumado y contemplaron la pirámide de oro. Ambos sonrieron, gozosos de tenerla ante sí.
Al sonreír, Josef y Paula mostraron sus dientes.
¡También parecían de oro!
¡Y sus lenguas!
Leónidas y la morena Iveta no podían dar crédito a sus ojos.
Creían estar soñando.
Viviendo una insólita pesadilla.
Sin pronunciar palabra alguna, Josef Korda tomó la pirámide de oro y la levantó ceremoniosamente, como si levantara la imagen de un dios pagano por el que sintiese una profunda adoración.
Paula Oberon puso también sus manos sobre la misteriosa pirámide, como si se tratara de un ritual sagrado.
De pronto, la pirámide pareció despedir una extraña fluorescencia.
Y, casi al momento, los cuerpos de Josef y Paula empezaron a despedir la misma extraña luz.
Era como si algo que albergase la pirámide de oro en lo más profundo de sí se estuviese trasladando a los dorados y brillantes cuerpos de Josef y Paula.
Leónidas e Iveta, atónitos, no acertaban a reaccionar.
La checa seguía tumbada en el sofá, con la bata de baño abierta, exhibiendo sus espléndidos senos, estremecidos, como el resto de su cuerpo.
Leónidas, aun sin salir de su estupor, consiguió ponerse lentamente en pie y murmuró:

—¿Qué hacéis...? ¿Qué os ha pasado...? ¿Qué significa todo esto...?
Josef y Paula lo miraron.
Ya no sonreían.
Sus rostros volvían a semejar dos inexpresivas caretas bañadas en oro, carentes de toda vida.
La pirámide había dejado de emitir la extraña fluorescencia, y tampoco los brillantes cuerpos de Josef y Paula la emitían ya. Paula retiró sus manos de la pirámide, lentamente, y Josef volvió a dejarla sobre la mesa, cuidadosamente.
Leónidas se desesperó.
—¡Hablad, por Dios! ¡Decid algo! ¿Qué ha ocurrido con vuestros cuerpos...? ¡Parecéis dos figuras de oro!
Josef rodeó la mesa y levantó la mano derecha.
Leónidas adivinó que se disponía a golpearle, y decidió tomar la iniciativa, proyectando velozmente su puño sobre la mandíbula del checo.
Josef no hizo nada por esquivar el puñetazo.
Y es que sabía que no iba a hacer apenas mella en él.
Efectivamente, así fue.
El desarrollado puño de Leónidas se estrelló con potencia en el mentón del transformado Josef, pero éste no cayó al suelo. Ni siquiera trastabilló. Sólo echó ligeramente la cabeza hacia atrás.
El soviético se quedó perplejo, pues él, normalmente, no necesitaba dar más de un puñetazo para tumbar a un hombre, gracias a su gran fortaleza física.
Pero, para fortaleza física, la que ahora poseía Josef Korda.
Leónidas Tchenko pudo comprobarlo cuando la mano derecha del checo cayó sobre su cuello, de canto.
Fue como si lo decapitaran.
Leónidas cayó sobre el sofá, y allí quedó, inmóvil, los ojos cerrados, la boca entreabierta...
Iveta se aterró aún más al ver derrumbarse a Leónidas.
Chilló, creyendo que Josef iba a golpearla también, pero se equivocó, ya que fue Paula la que se ocupó de ella, como antes se ocupara de Sybil Daniels.
Le puso las manos en las sienes, y las yemas de sus dedos soltaron una descarga de energía, que hizo temblar sobre el sofá a Iveta Masny.
La checa aulló como si la estuvieran desollando viva.
Tenía la horrible sensación de que su cabeza iba a estallar, que su cerebro iba a saltar en mil pedazos, que todo su cuerpo iba a descoyuntarse, a quebrarse sus huesos, a romperse sus articulaciones...
No se podía soportar tanto dolor, tan terrible sufrimiento, e Iveta se

desmayó, lo que puso fin a su tormento.
Paula Oberon retiró sus manos de las sienes de Iveta Masny y la cogió en brazos, sin el menor esfuerzo aparente.
Josef Korda hizo lo propio con Leónidas Tchenko.
Después, echaron a andar los dos hacia la puerta del salón, cargados con los cuerpos inanimados de Leónidas Tchenko e Iveta Masny.

CAPÍTULO VIII

Zoltan Lacher se despertó con un terrible dolor de cabeza.
Le ardían las sienes, y le latían con tanta fuerza, que parecía que le estaban dando mazazos en ellas. El hombro izquierdo también le dolía una barbaridad, hasta el punto de que apenas podía mover el brazo.
En realidad, no podía mover nada con normalidad, ya que su cuerpo parecía haberse quedado sin fuerzas. Eran los efectos, naturalmente, de la descarga de energía que soltaron en sus sienes los dedos del transfigurado Josef Korda, y que le recorrió desde el cuero cabelludo a las uñas de los pies, haciéndolo temblar como si se hallara agarrado a un cable de alta tensión.
Zoltan comprobó que continuaba en la habitación que Leónidas Tchenko había destinado para él y para Sybil Daniels. Yacía en el suelo, en el mismo lugar donde cayera al recibir el hachazo de Josef en el hombro, y donde segundos después recibiera aquella especie de descarga eléctrica que acabó dejándole sin conocimiento.
Sybil yacía junto a la redonda cama, inconsciente todavía.
Sobre la cama, había dos cuerpos más.
Desde el suelo, Zoltan no podía ver sus caras, pero supo que se trataba de Leónidas Tchenko e Iveta Masny. No obstante, decidió comprobarlo y se arrastró hacia la cama.
La debilidad de su cuerpo no le permitía ponerse en pie, por el momento, como no fuera agarrándose a algo. Alcanzó la cama y se agarró a ella, aunque sólo con una mano, la derecha. Sabía que si utilizaba la izquierda vería todas las estrellas del firmamento sin necesidad de catalejo, a causa del fortísimo golpe que recibiera en el hombro de ese brazo.
Zoltan se aupó con esfuerzo y contempló los cuerpos inmóviles de Leónidas e Iveta, adivinando que también ellos habían sido atacados por Josef y Paula.
Josef y Paula...
Zoltan recordaba perfectamente su increíble aspecto, que los hacía parecer seres de otro mundo. Recordaba también su forma de caminar, lenta, pero firme y segura, con los brazos colgando, inmóviles... Y no olvidaba tampoco la extraordinaria resistencia que había adquirido Josef, hasta el punto de que los más duros puñetazos

parecían acariciarle solamente el rostro.
Tampoco olvidaba la potencia de su pegada.
Y el poder que ahora tenían sus dedos, al igual que los de Paula.
¿Cómo era posible que pudiesen soltar descargas eléctricas...?
Zoltan no tenía respuesta, ni para eso ni para todo lo demás.
Sin embargo, sospechaba de la misteriosa pirámide de oro encontrada en la playa, sepultada por la arena.
Zoltan pensaba que allí podía estar la clave de todo.
Desde el primer momento encontró muy extraño el hallazgo de la valiosa pirámide, y ahora, después de todo lo sucedido, no podía evitar el relacionar la pirámide de oro con la increíble transformación de Josef y Paula.
¿No habían adquirido sus cuerpos el color de la pirámide...?
¿No brillaban como ella...?
¿No parecían figuras de oro...?
Zoltan interrumpió sus pensamientos al escuchar un leve gemido.
Miró a Sybil.
La muchacha estaba volviendo en sí.
Zoltan se arrastró hacia ella, advirtiendo, al moverse, que la debilidad de su cuerpo ya no era tan acusada. Parecía estar recobrando sus fuerzas, si bien muy lentamente.
—Sybil... —pronunció, acariciándole el rostro.
La joven abrió los ojos.
—Zoltan... —musitó, sin ver todavía muy claro.
—¿Cómo te sientes?
—Me duele horriblemente la cabeza, me queman las sienes, me laten como si fueran a estallar...
—Igual me siento yo.
—¿Qué pasó, Zoltan?
—No lo recuerdas, ¿eh?
—No, mi mente está muy confusa... Yo quería que fuéramos a bañarnos, tú querías que hiciésemos el amor... No me habrás violado después de dormirme de un puñetazo, ¿verdad?
—¿Tengo cara de violador, acaso...?
—No, claro que no —sonrió levemente la muchacha—. Lo he dicho en broma.
—Pues lo que está pasando es muy serio, Sybil.
—Cuéntamelo, Zoltan.
—Cuando salimos de la habitación, para ir a darnos el baño, vimos salir a Josef y Paula de la suya.
Sybil respingó.
—¿Josef y Paula...?
—¿Lo vas recordando ya?
La joven tuvo un claro estremecimiento.

—¡Sus cuerpos dorados...! ¡Brillantes...! ¡Parecían figuras de oro!
—Exacto —asintió Zoltan.
—¡Vinieron hacia nosotros, entraron en la habitación, y nos atacaron...!
—Sí, eso fue lo que hicieron.
—¡Paula me tocó las sienes y recibí algo parecido a una descarga de electricidad!
—Lo mismo hizo Josef conmigo, después de golpearme en el hombro con una fuerza terrible. Y los dos perdimos el conocimiento. Yo me desperté hace un momento, y casi no tengo fuerzas, aunque parece que las voy recuperando poco a poco.
—¡Yo también me siento muy débil, Zoltan!
—Son los efectos de la descarga eléctrica. Descarga eléctrica... o lo que sea.
Sybil, visiblemente aterrorizada, preguntó:
—¿Qué les ocurrió a Josef y Paula...? ¿Por qué se volvieron así sus cuerpos...? ¿Por qué nos atacaron...? ¿Qué misterioso poder han adquirido sus manos?
Zoltan movió la cabeza.
—No lo sé, Sybil. Aunque tengo la sospecha de que la pirámide de oro tiene mucho que ver en ello.
—¿La pirámide de oro?
—Sí.
—No lo entiendo, Zoltan.
—Yo tampoco, lo confieso. Sin embargo, desconfío de la pirámide. Desde el primer momento desconfié. No es normal que una pirámide de oro, de más de veinte kilos de peso, aparezca en una playa cualquiera. Puede aparecer un encendedor de oro, un pendiente, o un anillo, porque son objetos que se pueden perder, pero una pirámide de unos veinte centímetros de altura... Es demasiado extraño, Sybil. Demasiado misterioso. Y más aún si tenemos en cuenta que nos encontramos en Daytona Beach, no en Egipto, que es quien tiene que ver con las pirámides.
De pronto, la muchacha exclamó:
—¡Leónidas e Iveta!
—No temas por ellos, Sybil.
—¡Quedaron en el salón, con la pirámide de oro! ¡Pueden ser atacados por Josef y Paula!
—Ya fueron atacados por ellos.
—¿Qué?
—Están ahí arriba, sobre la cama, inconscientes los dos.
—¡Dios mío! —exclamó Sybil, y trató de incorporarse.
Zoltan la ayudó.
Sybil, sentada en el suelo, estiró el cuello y pudo ver los cuerpos

inanimados de Leónidas e Iveta.
—Oh, cielos, también ellos... —musitó, estremecida.
—Tenemos que reanimarlos, Sybil. ¿Crees que podrás trepar a la cama?
—Me temo que no, Zoltan. Me siento terriblemente débil.
—Yo me encuentro mejor. Te ayudaré.
—De acuerdo. Lo intentaré.
Sybil se apoyó en la cama y echó el cuerpo hacia adelante.
Zoltan le puso la mano derecha en el trasero, prácticamente desnudo, y empujó.
—Vamos, arriba,
—No te aproveches, Zoltan,
—¿Cómo?
—Me estás tocando descaradamente el culo.
—Sólo estoy empujando.
—Ya. Pero, de paso...
—¿Quieres ver cómo te arreo un pellizco en cada nalga?
—¡No!
—Entonces, cállate y trepa.
—A la orden.
Sybil, con la ayuda de Zoltan, consiguió subirse a la cama y quedar sentada en ella, en medio de Leónidas e Iveta.
Zoltan pudo trepar a la cama también, sin recurrir al apoyo de su brazo izquierdo, porque el dolor del hombro no remitía, aunque sí el de su cabeza, afortunadamente.
—Ocúpate tú de Iveta, Sybil —indicó—. Yo trataré de reanimar a Leónidas.
—Bien.
Durante algunos minutos, Zoltan y Sybil zarandearon suavemente a Leónidas e Iveta, respectivamente, palmeando también sus mejillas.
La checa volvió en sí antes que el soviético, en cuyo cuello podía apreciarse claramente la huella dejada por el canto de la mano de Josef Korda.
Iveta Masny se despertó dando gritos de terror, pero Sybil Daniels consiguió calmarla, haciéndole saber que Josef Korda y Paula Oberon no se encontraban en la habitación, que los habían dejado a los cuatro solos.
Zoltan Lacher consiguió reanimar a Leónidas Tchenko, quien, a pesar del terrible hachazo recibido en el cuello, era el que en mejores condiciones físicas se encontraba, al no haber recibido descarga alguna de energía en sus sienes.
Le dolía muchísimo el cuello, desde luego, pero su cuerpo no acusaba los efectos de aquellas extrañas descargas eléctricas que podían soltar las yemas de los dedos de los transfigurados Josef y Paula, y

podía mover los brazos y las piernas con bastante normalidad.
Al verse en la habitación de Zoltan y Sybil, sobre la cama, y acompañado de Iveta, Leónidas preguntó:
—¿Qué hacemos Iveta y yo aquí...?
—Josef y Paula os atacaron, ¿no lo recuerdas? —dijo Zoltan.
El cerebro de Tchenko rememoró de golpe lo sucedido en el salón, lo que hizo que el soviético diera un nervioso respingo.
—¡Oh, sí!
—A nosotros también.
—¡Josef me dio un tremendo golpe en el cuello, con el filo de su mano!
—A mí, en el hombro.
—¡Le di un puñetazo, pero ni siquiera pestañeó!
—Yo le di dos, y tampoco hicieron mella en él.
—¿Qué está pasando aquí, Zoltan? ¿Cómo es posible que Josef y Paula...?
—La pirámide de oro, Leónidas.
—¿Qué?
—Sospecho que ella es la responsable de la transfiguración de Josef y Paula, y de los poderes que ahora tienen ambos.
—No puedo creerlo... —murmuró Tchenko.
—Tú e Iveta estabais en el salón con la pirámide de oro. ¿Qué ocurrió exactamente allí, Leónidas?
El soviético refirió lo sucedido desde el instante en que aparecieron Josef Korda y Paula Oberon, sin omitir detalle alguno.
—¿Ves como yo tenía razón, Leónidas? —dijo Zoltan—. El hecho de que Josef y Paula levantaran la pirámide de oro como si fuera algo sagrado, y sonrieran al hacerlo, confirma mis sospechas. Además, esa extraña fluorescencia que despedía la pirámide, mientras se encontraba en las manos de Josef y Paula, y que luego emitían también los cuerpos de éstos, demuestra que esa misteriosa pirámide posee extraordinarios poderes. Y ha dotado de ellos a Josef y Paula, a los que ha hecho poco menos que sus esclavos. La pirámide da órdenes, y ellos las acatan sin rechistar. No pueden protestar, porque ya no son dueños de sus mentes. La pirámide se ha apoderado de su voluntad, además de transfigurar sus cuerpos.
Leónidas, Iveta y Sybil se miraron entre sí, claramente impresionados por las palabras de Zoltan Lacher.
—Lo que dices es terrible, Zoltan... —murmuró Tchenko.
—Pues aún no he dicho lo más terrible de todo, Leónidas. Estoy firmemente convencido de que esa pirámide de oro no pertenece a nuestro mundo.

CAPÍTULO IX

Leónidas Tehenko, Iveta Masny y Sybil Daniels acusaron visiblemente la afirmación de Zoltan Lacher.
—¿Quieres decir... que no es terrestre? —preguntó quedamente el soviético.
Zoltan asintió con la cabeza.
—Eso es lo que pienso, Leónidas. Esa pirámide de oro no ha sido creada en la Tierra, estoy seguro de ello. Se trata de una pirámide cósmica, procedente de algún mundo lejano, y sólo ella sabe cómo ha llegado a nuestro planeta.
—Una pirámide cósmica... —repitió Iveta, con voz susurrante.
—Así es.
—Tal vez estés equivocado, Zoltan... —murmuró Sybil.
Lacher sacudió la cabeza.
—No, sé que estoy en lo cierto, Sybil. Esa pirámide no puede ser terrestre, porque en nuestro mundo no se conocen los poderes que la pirámide posee. Le bastó herir levemente a Paula y Josef, con su afilado vértice, para adueñarse de ellos. Debió inocularles algo en la sangre, algún germen vivo o algún extraño virus, y transformó sus cuerpos, convirtiéndolos en dos figuras de oro vivientes, dos autómatas, dos robots fieles y obedientes, que ahora no tienen más voluntad que la que les dicta la maldita pirámide. Ella les ordenó atacarnos y reducirnos, y Josef y Paula obedecieron. Y harán cualquier cosa que la pirámide les diga, por cruel y horrible que sea.
Leónidas, Iveta y Sybil volvieron a mirarse.
Los tres estaban pálidos, y las dos mujeres temblaban perceptiblemente.
—¿Qué podemos hacer, Zoltan? —murmuró el soviético.
—En primer lugar, dar gracias al cielo porque continuamos vivos. Si Josef y Paula hubieran querido, nos habrían matado a los cuatro. Tienen poder más que suficiente para ello. Y, teniendo en cuenta que cumplen órdenes de la pirámide cósmica, es fácil deducir que ésta, por el momento, no desea nuestra muerte. Por eso Josef y Paula os trajeron a Iveta y a ti aquí, a nuestra habitación, para tenernos a los cuatro juntos.
Y seguramente encerrados. Lo sabremos en cuanto intentemos abrir la puerta.
—Lo comprobaré —dijo Tchenko.
Iveta Masny lo cogió del brazo y lo retuvo.
—No, Leónidas...
El soviético sonrió ligeramente.
—No temas, Iveta. Sólo se trata de saber si la puerta está cerrada por fuera o no. No voy a salir de la habitación.
La checa le soltó el brazo.

—Ten mucho cuidado, Leónidas. Si todo lo que Zoltan ha dicho es cierto, nos enfrentamos a algo de otro mundo, extraordinariamente poderoso y peligroso.
Lacher intervino:
—La pirámide cósmica no desea acabar con nosotros, Iveta, no lo olvides.
—Sólo por el momento, Zoltan, tú mismo lo dijiste —recordó la checa.
—Iré contigo, Leónidas —decidió Lacher—, Creo que ya estoy en condiciones de caminar.
—Bien.
Zoltan y Leónidas se levantaron de la cama.
El primero se agarró el hombro izquierdo, y el segundo se llevó la mano al cuello.
—Te duele, ¿eh? —dijo Zoltan.
—Ya lo creo —rezongó Leónidas.
—A mí también. Anda, vamos.
Caminaron los dos hacia la puerta.
Zoltan lo hacía con menos firmeza que el soviético, pero la verdad es que sus piernas respondían cada vez mejor, al ir remitiendo poco a poco los efectos de la descarga de energía que le hiciera perder el conocimiento.
Alcanzaron la puerta.
Leónidas probó de abrir.
No tuvo la menor dificultad, porque no estaba cerrada por fuera.
—Vaya, parece que nos hemos equivocado, Zoltan —dijo.
—Sí, no estamos encerrados en la habitación —respondió Lacher, sorprendido—. Podemos salir cuando queramos.
Echaron una mirada al corredor, pero no vieron a Josef Korda ni a Paula Oberon.
Sobre la cama, nerviosas, Sybil e Iveta aguardaban con la respiración contenida.
—¿Veis algo, Zoltan...? —preguntó la primera.
—No, todo está tranquilo.
—¿Qué hacemos, entonces...? —preguntó Iveta.
—Salir de la habitación y echar una ojeada abajo —respondió Tchenko—. Podéis caminar, ¿no?
—Espero que sí —respondió Sybil, bajándose de la cama.
Dio unos pasos un tanto vacilantes.
Iveta la imitó, logrando mantener la vertical, si bien con alguna dificultad.
Se acercaron las dos a la puerta.
—Salgamos —dijo Zoltan, cogiendo a Sybil de la mano.
Leónidas cogió a Iveta, y abandonaron los cuatro la habitación.
Alcanzaron la escalera y descendieron por ella.

Josef y Paula seguían sin aparecer.
Zoltan, Sybil, Leónidas e Iveta fueron directamente al salón.
Los cuatro esperaban encontrar allí a Josef y Paula, pero se equivocaron. Ni estaban ellos dos ni estaba tampoco la pirámide de oro.
Había desaparecido de encima de la mesa de cristal ahumado.

* * *

Zoltan, Sybil, Leónidas e Iveta permanecieron casi un minuto parados en la puerta del salón, sin pronunciar palabra alguna.
Por fin, Leónidas murmuró:
—La pirámide no está...
—Josef y Paula se la llevaron —dijo Zoltan.
—¿Adonde? —preguntó Sybil.
—Daría cualquier cosa por saberlo.
—¿Qué vamos a hacer ahora...? —preguntó Iveta.
—Avisar a las autoridades, ¿no, Zoltan? —sugirió Tchenko.
Lacher, tras unos pocos segundos de meditación, dijo:
—Me temo que no creerán una sola palabra, Leónidas.
—¡Tendrán que creernos! —exclamó Sybil.
—No, no lo harán. Nuestra historia es demasiado fantástica, y como no podemos apoyarla con prueba alguna, porque carecemos de ellas, lo más probable es que nos tomen por unos chiflados. Incluso puede que nos encierren a los cuatro en un manicomio.
Hubo un silencio.
Leónidas lo rompió, diciendo:
—Creo que tienes razón, Zoltan. Si les hablamos a las autoridades de una pirámide de oro cósmica, que posee extraordinarios poderes, y les decimos que con ellos convirtió a Josef Korda y Paula Oberon en dos figuras de oro vivientes, sometidas a su voluntad, lo más seguro es que piensen que nos hemos vuelto locos y pidan urgentemente cuatro camisas de fuerza.
—¿Qué podemos hacer, pues...? —preguntó Sybil.
Zoltan se mesó el cabello.
—Sólo una cosa: buscar a Josef y Paula. Si los encontramos, habremos encontrado también la pirámide cósmica. Y entonces sí podremos avisar a las autoridades, puesto que tendremos las pruebas de que nuestra historia no es inventada.

CAPÍTULO X

Tras las palabras de Zoltan Lacher, hubo un largo silencio.
Y es que lo de buscar a Josef Korda y Paula Oberon...

En vista de que nadie decía nada, Zoltan preguntó:
—¿No opinas como yo, Leónidas?
Tchenko se tironeó el lóbulo derecho.
—Se me antoja bastante peligroso, Zoltan.
—A mí también ——dijo al instante Iveta Masny.
—Y a mí —opinó Sybil Daniels.
Zoltan Lacher dio una cabezada de asentimiento.
—Sé que es peligroso, por los poderes que la pirámide cósmica ha proporcionado a Josef y Paula. Pero, si no lo intentamos, no podremos demostrar lo que ha pasado. Sin pruebas, nadie nos creerá. Y no creo que lo sucedido sea como para olvidarlo, ¿verdad?
Hubo un nuevo silencio.
Esta vez, sin embargo, fue Leónidas Tchenko quien lo quebró, señalando:
—Tu hombro está mal, Zoltan. Y mi cuello aún está peor. No estamos en condiciones de enfrentarnos nuevamente a Josef y Paula. Nos vencerían otra vez, y con más facilidad aún. Debemos recuperarnos de los golpes recibidos, antes de intentar nada.
—Leónidas tiene mucha razón —opinó Iveta
—Sí, hay que atender esos golpes, Zoltar. —dijo Sybil.
Lacher dudó.
—Si no salimos inmediatamente en busca de Josef y Paula, no los encontraremos jamás.
—Yo creo que tenemos las mismas probabilidades de encontrarlos si salimos en su busca esta noche que mañana, Zoltan —repuso el soviético—. Es decir, más bien pocas, porque no tenemos ni idea de dónde pueden estar. Con el aspecto que tienen ahora, no pueden dejarse ver por nadie, así que sería tonto buscarlos en el apartamento de Josef o en el de Paula. No pueden ir allí. Tendrían que instalarse en algún lugar apartado o solitario, donde nadie pueda descubrirles.
Lacher asintió con la cabeza
—Estoy de acuerdo contigo en que Josef y Paula no pueden dejarse ver con su físico actual, pues llamarían inmediatamente la atención. Y como es verdad que tu cuello y mi hombro necesitan atención, descansaremos esta noche y saldremos por la mañana en busca de Josef y Paula. En su busca... y en la de la pirámide cósmica. Es importante dar con ellos, Leónidas. No sabemos los planes que pueda tener la maldita pirámide. Puede haber mucha gente en peligro.
Tchenko le puso la mano en el hombro derecho y se la oprimió.
—Haremos lo posible por encontrarlos, aunque insisto en que no será fácil. Pero quizá tengamos suerte, Zoltan.
Sybil e Iveta no hicieron ningún comentario, aunque ambas pensaban que encontrar a Josef y Paula, y la pirámide cósmica, sería una suerte relativa.

Más bien una desgracia, porque podía costarles la vida a los cuatro, si no conseguían reducir a Josef y Paula.
Y esto último era tan difícil...

* * *

Sybil Daniels estaba atendiendo el hombro izquierdo de Zoltan Lacher, aplicándole una pomada que tenía un extraordinario poder curativo.
—Esto mitigará el dolor y hará que remita la hinchazón —aseguró la muchacha.
—Eso espero —rezongó Zoltan, componiendo una mueca de sufrimiento.
Iveta Masny, por su parte, se ocupaba del golpe que Leónidas Tchenko tenía en el cuello, aplicándole la misma pomada.
—Mañana te levantarás como nuevo, Leónidas.
—¿Tú crees?
—Ya lo verás.
Tchenko la abrazó de pronto.
—¿Qué haces...? —exclamó la checa.
—Tengo ganas de besarte.
—¿A pesar del dolor de cuello...?
—No me impedirá hacerte el amor esta noche, puedes estar segura.
—Eso tendré que verlo —repuso Iveta, maliciosa.
—Lo verás, no lo dudes —sonrió Leónidas, y la besó en los labios, larga y apretadamente, al tiempo que la estrechaba contra sí.
Sybil Daniels emitió una risita.
—¿Estás oyendo, Zoltan...?
—Sí, no soy sordo.
—¿Tú no tienes nada que decir?
—Ya hablaré cuando nos acostemos.
—¿Te gusta charlar en la cama?
—Me gusta más lo otro —respondió Lacher, deslizando su mano derecha por la entreabierta bata de baño de Sybil, cuyos senos acarició, maravillándole tanto su suavidad como su dureza.
La muchacha ahogó un gemido de placer.
—Cuidado con lo que haces Zoltan.
—Sé muy bien lo que hago.
—Mira que si luego, por culpa de tu lastimado hombro, no puedes hacerme el amor...
—Lo haría aunque Josef me hubiese dejado manco —aseguró Lacher, y le cubrió la boca con la suya, en ardoroso beso.

* * *

La cena transcurrió en medio de una calma tensa.

Zoltan, Sybil, Leónidas e Iveta no querían hablar de Josef y Paula, pero era evidente que ambos se hallaban en la mente de todos, lo mismo que la peligrosa pirámide cósmica.
Lo sucedido aquella tarde había sido demasiado fantástico y extraordinario como para olvidarlo, y aunque Josef Korda y Paula Oberon se habían marchado, llevándose la pirámide de oro, la posibilidad de que pudieran volver con ella, no descartada por nadie, parecía flotar en el ambiente.
Deliberadamente, ninguno de los cuatro quería mencionar dicha posibilidad, porque en el fondo pensaban que Josef y Paula no regresarían a la casa con la pirámide cósmica.
Para volver, no se hubiesen marchado.
Josef y Paula debían hallarse ya muy lejos, ocultos con la poderosa pirámide, para no verse descubiertos.
Tras la cena, Zoltan, Sybil, Leónidas e Iveta tomaron sendas copas de licor, y luego subieron a sus habitaciones.
—¿Por qué no dormimos todos juntos? —sugirió Leónidas.
—¡Ni hablar! —exclamó Iveta, mirándolo con dureza.
Tchenko carraspeó.
—No pienses mal, Iveta. Lo decía porque así, estando los cuatro juntos, nos defenderíamos mejor si nos viésemos en peligro.
—El peligro pasó ya. Josef y Paula se largaron, llevándose la pirámide cósmica —recordó la checa.
—Sí, pero...
—No hay «pero» que valga —le cortó Iveta—. ¡Vamos, adentro! —indicó, empujándolo hacia el interior de la habitación del centro.
—¡Está bien, está bien! —rió el soviético.
Zoltan y Sybil rieron también y entraron en su habitación.
—Leónidas quería hacer el amor contigo, Sybil —dijo él.
—No creo que dijera lo de dormir todos juntos por eso —repuso ella.
—Claro que lo dijo por eso. Conozco bien a ese viejo zorro.
—Entonces, lo siento por él, porque una servidora sólo desea hacer el amor contigo —confesó Sybil, pasándole los brazos por el cuello y pegando suavemente su cuerpo al de él.
Zoltan le abrió la bata de baño y empezó a acariciarle los erguidos senos.
—Yo lo deseo aún más que tú, nena.
—Bésame, Zoltan.
Lacher no se hizo de rogar.

* * *

En la otra habitación, Iveta Masny le estaba echando la bronca a Leónidas Tchenko.
—Conque no ibas a intentar nada con Sybil, ¿eh, sinvergüenza?

—Así es, Iveta.
—¡Estás deseando tenerla en tus brazos!
—No es cierto. Mis brazos sólo desean tenerte a ti —aseguró el zorro de Leónidas, e intentó abrazar a Iveta.
No lo consiguió, porque la checa dio un salto hacia atrás.
—¡Estoy harta de tus mentiras, Leónidas!
—¿Quién miente?
—¡Tú, so cínico!
—Que me parta un rayo si no es verdad que deseo tenerte en mis brazos en este momento, Iveta.
—¡Porque soy la única mujer que tienes a mano!
—La única que me interesa, que no es lo mismo.
—¡Ja!
—Te lo demostraré, Iveta.
—¡No te acerques o te muerdo!
—Yo sí que te voy a morder a ti —sonrió Leónidas, saltando sobre ella.
Iveta no hizo nada por esquivarle, en esta ocasión, porque estaba deseando que él la atrapara.
Cayeron sobre la cama.
Leónidas empezó a morderle cosas.
Iveta fingía debatirse, pero no podía disimular que aquello era lo que ella quería.
Sin que ninguno de los dos lo advirtiera, la puerta de la habitación comenzó a abrirse, lenta y silenciosamente.
Leónidas e Iveta volvían a estar en peligro.
Y, en esta ocasión, el peligro era mucho mayor.

CAPÍTULO XI

Paula Oberon entró en la habitación.
Tras ella, entró Josef Korda, portando en sus manos la peligrosa pirámide cósmica.
Paula cerró la puerta, y fue entonces cuando Leónidas Tchenko e Iveta Masny descubrieron su presencia y la de Josef.
—¡Leónidas! —gritó la checa.
—¡Han vuelto! —exclamó el soviético, brincando de la cama.
—Te equivocas, Leónidas —habló Paula—, No abandonamos tu casa, hemos estado todo el tiempo en la habitación que nos destinaste.
Tchenko se quedó boquiabierto, pero no por el hecho de que Josef y Paula hubieran permanecido todo aquel tiempo en su habitación, con la pirámide cósmica, sino por el timbre de la voz que ahora tenía la transfigurada Paula.
Era una voz aguda.

Metálica.
Inexpresiva.
No parecía humana, sino emitida por una máquina.
Por un robot.
A Iveta Masny se le pusieron los pelos de punta, porque oír hablar así a Paula Oberon producía auténticos escalofríos. No tuvo fuerzas para levantarse de la cama, y continuó recostada en ella, con la bata de baño totalmente abierta.
Josef Korda, con una voz idéntica a la de Paula Oberon, dijo:
—No se os ocurrió buscarnos en nuestra habitación, Leónidas. Fuisteis directamente al salón, y al no encontrarnos allí, pensasteis que nos habíamos marchado con la pirámide de oro. Un error, porque no tenemos intención de dejar tú casa. Vamos a instalar aquí nuestro cuartel general.
—¿Vuestro qué...? —exclamó Tchenko.
—Cuartel general, centro de operaciones, base terrestre... Como queráis llamarlo.
—Base terrestre... —murmuró el soviético, estremeciéndose.
—Así es, Leónidas —habló de nuevo Paula.
Tchenko clavó los ojos en la brillante pirámide de oro.
—Es lo que ella quiere, ¿eh?
—Sí.
—¡Os tiene dominados! ¡Os ha convertido en sus esclavos! ¡En una pareja de robots! ¿Por qué no os rebeláis...?
Paula y Josef sonrieron, mostrando sus dientes y sus lenguas de oro.
—No sabes lo que dices, Leónidas —repuso el checo—. No podemos rebelarnos, Ghota es extraordinariamente poderosa.
—¿Ghota...?
—Así se llama la pirámide de oro, nuestra diosa.
—Vuestra diosa... —musitó Tchenko.
—Sí, Ghota es nuestra diosa, Leónidas —dijo Paula—, Nuestra dueña y señora. Ella puede dar la vida y la muerte, A Josef y a mí nos dio la vida. Una vida mejor, quiero decir. Y le estamos muy agradecidos por ello. ¿No es cierto, Josef...?
—Desde luego —asintió el checo.
—¿Una vida mejor...? ¡Estáis locos! —exclamó Tchenko—. ¡Ahora no sois seres humanos, sois máquinas! ¡Un par de muñecos articulados, totalmente controlados por esa maldita pirámide! ¡No tenéis voluntad! ¡Ni siquiera tenéis voz humana! ¡Habláis como dos robots! ¡Incluso os movéis como ellos!
—Ahora somos poderosos, Leónidas —dijo Paula—, Ghota nos ha dotado de parte de su poder cósmico. Somos indestructibles. Nuestros cuerpos pueden resistir cualquier cosa.
—Ya os hicimos una pequeña demostración en el salón, ¿recuerdas?

—habló nuevamente Josef—. Y a Zoltan y Sybil, en su habitación. Ahora poseemos una fuerza y una resistencia muy superiores a las de antes.
Y una energía cósmica que puede hacer mucho daño. Incluso matar, si soltamos una descarga excesiva.
Iveta Masny tembló sobre la cama.
—Leónidas... —pronunció, con un hilo de voz.
Tchenko le cogió la mano y se la apretó con fuerza.
—Están locos de remate, Iveta. No se dan cuenta de que la pirámide cósmica los ha convertido en dos objetos. Peligrosos y resistentes, pero objetos al fin y al cabo. Y ellos hablan de una vida mejor... Me dan ganas de echarme a reír.
Paula Oberon movió la cabeza.
—No somos objetos, Leónidas. Seguimos siendo seres humanos, sólo que un poco diferentes a como éramos antes, puesto que ahora tenemos el cuerpo dorado y brillante como el oro. Pero continuamos teniendo brazos, piernas, ojos, boca, dientes, sexo... Y, ya que menciono el sexo, te diré que Josef y yo hemos hecho el amor, gozando mucho más que antes.
—Es cierto —asintió el checo.
Tchenko compuso un gesto burlón.
—¿También os lo ordenó la pirámide...?
—No, lo hicimos porque nos apetecía —respondió Paula.
—Dos robots haciendo el amor... ¡Es ridículo! —exclamó el soviético, riendo.
—No somos robots, Leónidas—repuso Josef—. Somos seres distintos, superiores, modificados por Ghota, con su infinito poder. Lo comprenderás cuando seas como nosotros.
Tchenko respingó levemente.
—¿Yo...?
—Sí, Leónidas. Tú e Iveta vais a convertiros también en seres superiores, poderosos, indestructibles. Y ya seremos cuatro. Pero el número irá aumentando, hasta formar un verdadero ejército de seres como nosotros. Ghota puede dar nueva vida a mucha gente.
Iveta Masny saltó de la cama, visiblemente aterrorizada.
—¡Leónidas! —gritó, abrazándose a él.
Tchenko la estrechó con fuerza.
—No temas, Iveta. No dejaré que estos locos nos conviertan en muñecos articulados.
—¡No quiero convertirme en un robot, Leónidas!
—Ni yo, te lo aseguro.
Paula Oberon sonrió.
—No podréis impedirlo, Leónidas.
—Veremos. Hazte a un lado, Iveta —indicó el soviético, apartando a la

checa.
Ella se colocó detrás de él, pálida y temblorosa.
Tchenko, con gesto desafiante, dijo:
—Vamos, venid. Intentad convertirme en una figura de oro viviente.
Como Josef seguía sosteniendo la pirámide cósmica en sus manos, Paula dijo:
—Yo me encargo de reducirlos, Josef.
—Bien.
Paula Oberon se acercó a Leónidas e Iveta, lentamente y con los brazos caídos.
Tchenko se alegró de que fuera ella la que intentara reducirlos, y no Josef Korda, pues pensaba que tenía más posibilidades de vencer a Paula Oberon, por tratarse de una mujer.
Ya sabía que tenía los mismos poderes que el checo, pero...
Leónidas no esperó a que Paula le atacara, pues consideraba importante tomar la iniciativa en la pelea, así que saltó sobre ella y le incrustó los nudillos en el mentón.
Fue un puñetazo terrible.
Hubiera tumbado a un camello.
Pero Paula Oberon ni siquiera se tambaleó.
Su mandíbula tenía la misma dureza que la de Josef.
Se diría que no sólo padecían sus cuerpos de oro, sino que lo eran de verdad.
¡Como si estuvieran blindados!
Paula Oberon sonrió burlonamente.
—¿Te has hecho daño, Leónidas...? —preguntó, al ver que el soviético se cogía el puño.
Tchenko, que se había retirado velozmente, temiendo el contraataque de Paula, masculló:
—Malditos...
Josef Korda intervino:
—Es inútil que os resistáis, Leónidas. Sólo conseguiréis que Paula os haga daño. Y, como el resultado será finalmente el mismo, os aconsejo que permitáis que os haga una pequeña herida a cada uno con el vértice de la pirámide. Ghota os inoculara el germen que ha de transformar vuestros cuerpos, y en sólo unos minutos os convertiréis en seres superiores.
—¡Jamás! —rugió Tchenko, abalanzándose de nuevo sobre Paula Oberon.
Esta vez, no la golpeó en la cara, sino en el estómago.
Lamentablemente, el resultado fue el mismo.
Paula apenas acusó el puñetazo.
Su estómago parecía de hierro.
Tchenko, impresionado, se retiró de nuevo con rapidez, agarrándose

el puño.
Paula Oberon volvió a sonreír de forma burlona y habló con su voz de robot:
—¿Te has convencido ya, Leónidas...?
El soviético, rabioso, se lanzó nuevamente al ataque, decidido a derribar a Paula Oberon como fuera. Si era necesario utilizar golpes sucios, los utilizaría.
No debía frenarle el hecho de que Paula Oberon fuera una mujer.
En realidad, ya no lo era.
La pirámide cósmica la había convertido en un robot, aunque conservase sus femeninas formas, ahora doradas y brillantes, como recubiertas por un baño de oro.
Leónidas le incrustó la rodilla en el vientre, y acto seguido le atenazó los pechos, apretándoselos con todas sus fuerzas. En teoría, debían ser los puntos débiles de su cuerpo, y el soviético esperaba que Paula acusara el castigo.
Pero no.
Paula Oberon no tenía puntos débiles, al parecer.
Toda su anatomía era una coraza a prueba de golpes, apretones, o cualquier otro tipo de violencia física.
Era inútil seguir castigándola.
Paula abandonó súbitamente su pasiva actitud, y pasó al ataque, golpeando en la frente a Leónidas, con el canto de la mano.
El soviético se desplomó como un saco de patatas.
Iveta Masny, viéndose irremisiblemente perdida, se puso a chillar como una loca.

CAPÍTULO XII

Los chillidos de Iveta Masny pudieron oírse desde la habitación que ocupaban Zoltan Lacher y Sybil Daniels, quienes yacían ya sobre la redonda cama, cubriéndose mutuamente sus desnudos cuerpos de besos y caricias, como prólogo de la inminente unión íntima.
Unión íntima que, por el momento, tendría que esperar, porque los gritos de la checa daban claramente a entender que ella y Leónidas Tchenko se hallaban en peligro.
—¡Es Iveta! —exclamó Lacher, respingando.
—¡Algo sucede, Zoltan! —gritó Sybil.
—¡Corramos en su ayuda!
Zoltan saltó de la cama y se colocó el bañador en un santiamén.
Sybil, que también había brincado del circular lecho, se puso el pantaloncito del bikini y la bata de baño, que no tuvo tiempo de cerrarse, porque Zoltan ya corría hacia la puerta.
—¡Espérame, Zoltan!

—¡No puedo, Sybil! —respondió Lacher, saliendo disparado de la habitación.
Sybil corrió tras él.
Iveta Masny seguía chillando histéricamente.
Zoltan alcanzó la habitación de Leónidas Tchenko e irrumpió en ella como una exhalación.
Vio a Josef Korda, con la pirámide cósmica en las manos.
El checo se había acercado al desvanecido Leónidas, y en aquel preciso momento se disponía a herirle levemente en un lado del cuello con el afilado vértice de la pirámide.
Mientras tanto, Paula Oberon había arrinconado a Iveta Masny en uno de los ángulos de la habitación, y ya estaba acercando sus manos a las sienes de la aterrada checa, para soltarle una descarga de energía cósmica.
Por eso Iveta Masny chillaba tan desesperadamente.
Sabía que nada podía hacer para evitar que Paula la dejase inconsciente y Josef le produjese una pequeña herida con el agudo vértice de la pirámide oósmica, para convertirla en uno de ellos, lo mismo que a Leónidas.
Serían dos nuevas figuras de oro vivientes.
Dos nuevos muñecos articulados.
Dos nuevos robots humanos al servicio de la poderosa pirámide cósmica.
Zoltan Lacher, adivinando las intenciones de Josef Korda y Paula Oberon, porque no podían estar más claras, rugió:
—¡Quietos!
La orden, en realidad, no hacía falta, ya que tanto Josef como Paula se habían quedado paralizados al ver aparecer a Zoltan Lacher.
Sybil Daniels también apareció, pero ella no entró en la habitación, sino que se quedó en la puerta, mirando con ojos espantados a Josef y Paula.
—¡Han regresado! —exclamó.
—Sí, ya no será necesario que los busquemos por la mañana —rezongó Zoltan.
Josef Korda se irguió, olvidándose momentáneamente del inanimado Leónidas Tchenko. También Paula Oberon se olvidó por el momento de Iveta Masny.
Ambos se volvieron hacia Zoltan Lacher y Sybil Daniels, sonrientes.
—Habéis llegado a tiempo, Zoltan —dijo Josef—. No para rescatar a Leónidas e Iveta, porque eso es imposible, sino para presenciar cómo los convertimos en seres idénticos a nosotros.
—Exactamente —dijo Paula.
El tono de voz que ahora tenían Josef y Paula causó una tremenda impresión a Zoltan y Sybil.

— ¡Hablan como si fueran robots...! —exclamó Sybil.
—Lo son —dijo gravemente Zoltan.
—Estáis equivocados —aseguró Paula—, Ya les explicamos a Leónidas e Iveta que no somos robots, sino seres superiores, gracias al poder de Ghota, la pirámide cósmica, que es nuestra diosa.
Zoltan y Sybil clavaron sus ojos en la pirámide de oro.
—Conque vuestra diosa, ¿eh? —masculló él.
—Sí.
—¿Y de dónde procede?
—De una lejana galaxia.
—¿Y tan grande que es la Tierra, tuvo que caer precisamente aquí, en Daytona Beach?
—Era un buen lugar —respondió Josef.
—¿Qué es lo que pretende Ghota, exactamente?
—Crear una raza de seres superiores en la Tierra, poderosos, indestructibles...
—Que les permita adueñarse de nuestro planeta, ¿no?
—Efectivamente.
Zoltan Lacher apretó los puños.
—Nunca lo conseguirá.
—Claro que lo conseguirá —habló Paula—. Es sólo cuestión de tiempo.
—Esa maldita pirámide será destruida, no lo dudéis.
—Ghota no puede ser destruida. Es demasiado poderosa —replicó Josef.
—Si os negarais a cumplir sus órdenes, dejaría de ser poderosa.
—No podemos negarnos, Zoltan. Ella nos ha creado —recordó Paula.
—No seáis estúpidos. Ghota ha creado sólo un par de robots, y os ha destruido a los dos como seres humanos. Ya no sois Josef Korda y Paula Oberon, sois un par de máquinas. Y no creo que sea como para estarle agradecido, sino para exigirle cuentas.
—¿Exigirle cuentas a Ghota...? —repitió Josef.
—Sí, debéis luchar contra ella, Josef. Ahora tenéis poder, quizá consigáis destruirla. Y, si lo lográis, quizá recobréis vuestro aspecto anterior.
—No sabes lo que dices, Zoltan.
—¡Podéis volver a ser Josef Korda y Paula Oberon! ¡Volver a ser humanos! —insistió Lacher, para ver si conseguía que se rebelaran contra la pirámide.
—No deseamos recobrar nuestro aspecto de antes, Zoltan —respondió Paula—, Preferimos ser seres superiores.
—¡No lo preferís vosotros, pedazo de tontos! ¡Es Ghota quien lo prefiere, porque os necesita para llevar adelante su plan! ¡La pirámide cósmica habla por vuestra boca! ¿Cómo puedo hacer que lo

comprendáis, pareja de ingenuos...?
Josef Korda se puso serio.
—Ya basta, Zoltan.
—Sí, nos hemos cansado de oírte —dijo Paula Oberon, y echó a andar hacia él.
Iveta Masny, muy callada hasta entonces, adivinó que Paula iba a atacar a Zoltan, y como tanto Josef como Paula le daban la espalda, se atrevió a empujar violentamente a ésta.
Paula Oberon, que no esperaba semejante reacción por parte de la atemorizada Iveta, perdió el equilibrio y se estrelló de bruces contra el suelo.
No se hizo daño alguno, naturalmente.
Pero se enfureció.
También Josef Korda se puso furioso.
—Vas a lamentar lo que has hecho, Iveta —dijo, con su metálica voz, y fue hacia ella.
Zoltan Lacher atacó al checo.
Sabía que no tenía muchas posibilidades de vencerle, pero había que intentarlo. Para empezar, le propinó un tremendo golpe en la región renal, con las manos entrelazadas.
Josef apenas lo acusó.
Debía tener los riñones de acero.
¿O los tendría de oro, quizá?
El checo se revolvió y dijo:
—Me ocuparé primero de ti, Zoltan.
—Yo me encargo de Iveta y Sybil, Josef —dijo Paula, que ya se había puesto en pie.
—Bien —respondió Korda, e hizo ademán de herir en el pecho a Zoltan, con el agudo y peligroso vértice de la pirámide.
Lacher dio un veloz salto y esquivó la proyección de la pirámide cósmica, que sólo pudo herir la atmósfera. Acto seguido, Zoltan hundió su puño en el hígado del checo.
Josef ni siquiera parpadeó.
También parecía tener el hígado de acero.
O de oro.
Josef atacó nuevamente a Zoltan con el vértice de la pirámide, para inocularle el germen que debía convertirlo en otro robot humano al servicio de Ghota.
Zoltan anduvo listo y burló la nueva acometida del checo.
Un segundo después, Zoltan disparaba su pierna derecha e incrustaba el empeine de su pie desnudo entre los muslos de Josef, pillándole de lleno lo que tenía de hombre.
Pero, por lo visto, lo tenía blindado, como todo lo demás, porque ni se quejó, ni se encogió, ni nada de nada.

Zoltan ya no sabía dónde golpearle.
Josef era tan duro como un robot metálico.
Pero era un robot con cerebro, y quizá ésa fuera la parte débil del checo.
Zoltan decidió comprobarlo.
Le golpearía fuertemente en la cabeza, y si también su masa cerebral resistía, se acabó.
Quedaría a merced de Josef y Paula, como Iveta y Sybil, a las cuales perseguía Paula por la habitación.
Josef atacó de nuevo a Zoltan, pero éste consiguió burlar el vértice de la pirámide cósmica y, tan sólo un quinto de segundo después, colocaba su puño derecho en la sien izquierda del checo.
Fue un puñetazo terrible, porque Zoltan puso todas sus fuerzas en su mano, convirtiéndole en una especie de pequeño misil.
Esta vez, Josef Korda sí acusó el golpe.
Y mucho.
Se tambaleó, se le doblaron las piernas, y cayó al suelo, perdiendo la pirámide cósmica.
El checo quedó inmóvil, con los ojos cerrados, como si hubiera perdido el conocimiento.

CAPÍTULO XIII

Zoltan Lacher estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.
¡Había sabido encontrar la zona vulnerable de los robots humanos creados por la pirámide cósmica!
¡No eran invencibles!
¡Podían ser abatidos si se les golpeaba duramente en una de sus sienes!
Al ver desplomarse a Josef Korda, Paula Oberon se desentendió de Sybil Daniels e Iveta Masny y fue hacia Zoltan Lacher.
—¡Cuidado, Zoltan! —advirtió Sybil.
Lacher se volvió hacia Paula Oberon, decidido a ponerla también fuera de combate.
Ahora ya sabía cómo conseguirlo.
Paula le atacó con el filo de su mano derecha, pero Zoltan saltó hacia su izquierda y burló limpiamente el golpe.
Inmediatamente después, el puño derecho de Zoltan se disparaba en busca de la sien de Paula Oberon. Sólo podía golpear con ese puño, porque el otro, a causa del dolor que todavía sentía en su hombro izquierdo, no podía entrar en acción.
El puño de Zoltan, de nuevo convertido en un pequeño misil, estalló en la sien de Paula, y ésta se derrumbó aún más rápidamente que Josef Korda.

Quedó tendida en el suelo, con los ojos cerrados, la cabeza doblada, absolutamente inmóvil.
—¡Lo conseguí! —exclamó Zoltan, jubiloso.
Sybil e Iveta se pusieron a saltar, no menos jubilosas.
—¡Los has vencido, Zoltan! —gritó la primera.
—¡Has podido con ellos! —exclamó la checa.
Zoltan clavó sus ojos en la pirámide cósmica y dijo:
—Nos queda ella.
Sybil e Iveta observaron también la pirámide de oro.
Lo hicieron con temor, conscientes del poder de Ghota.
—Tenemos que destruirla —murmuró Zoltan.
—¿Cómo? —preguntó Sybil.
—Todavía no lo sé, pero encontraremos la manera. Lo primero, sin embargo, es reanimar a Leónidas. Lo necesitamos.

* * *

Leónidas Tchenko abrió los ojos.
—Mi cabeza... —fue lo primero que dijo, llevándose la mano a la frente.
—¡Leónidas, amor mío! —exclamó Iveta Masny, abrazándolo y besándolo.
—¿Estás bien, Iveta?
—Sí.
El soviético miró a Zoltan Lacher y Sybil Daniels.
—¿Y vosotros...? —preguntó.
—También estamos bien, Leónidas —respondió Lacher, con una suave sonrisa.
—¿Qué pasó con Josef y Paula? ¿Dónde está la pirámide cósmica?
—Ahí los tienes a los tres —indicó Zoltan.
Tchenko se incorporó, quedando sentado en el suelo.
Al descubrir a Josef y Paula, tirados en el suelo, totalmente inmóviles, exclamó:
—¿Cómo conseguiste...?
Lacher se lo explicó.
Tchenko levantó el puño derecho.
—¿Por qué no se me ocurriría a mí golpearles en la sien? —masculló.
—Ya lo sabes para la próxima vez, Leónidas.
El soviético respingó.
—¿Es que van a despertarse pronto...?
—No lo sé.
—¡Deberíamos atarlos! —sugirió Iveta, asustada.
—No serviría de nada, con la fuerza que tienen —repuso Zoltan—, Romperían cualquier tipo de ligadura, por resistente que fuera.
—Zoltan tiene razón —opinó Tchenko.

—Tenemos que destruir la pirámide cósmica, Leónidas.
—¿Cómo, Zoltan?
—No lo sé, pero hemos de hallar la forma.
—Josef y Paula dijeron que Ghota es indestructible —recordó Sybil.
—Yo no lo creo. Sé que no será fácil destruirla, pero algún punto vulnerable debe tener, como lo tienen también los robots humanos creados por ella. Y tenemos que encontrarlo.
Iveta se mordió los labios.
—¿Por qué no avisamos a las autoridades, Zoltan? Quedamos en hacerlo cuando tuviésemos pruebas, y ya las tenemos. Hemos reducido a Josef y Paula, y tenemos la pirámide cósmica que los convirtió en robots humanos. Que las autoridades se encarguen de destruir la pirámide, si es que pueden.
—Opino como Iveta —habló Sybil—. Debemos dar cuenta a las autoridades.
—¿Y cómo sabemos que, cuando lleguen, Josef, Paula, y la pirámide cósmica, continuarán en esta casa? —repuso Lacher—. Josef y Paula pueden despertar de un momento a otro, y...
—¡Zoltan! —exclamó Leónidas, señalando con el brazo a los inanimados Josef y Paula.
Lo hizo nerviosamente.
Y con ojos dilatados.
Zoltan, Sybil e Iveta miraron a Josef y Paula.
Y, cuando vieron lo que vieron, también a ellos se les dilataron los ojos al máximo.

* * *

Josef Korda y Paula Oberon continuaban inmóviles y con los ojos cerrados, pero sus dorados y brillantes cuerpos habían empezado a oscurecerse.
Estaban perdiendo brillo.
Y color.
El amarillo intenso se estaba tornando plomizo.
Y en eso parecieron convertirse los cuerpos de Josef y Paula, en figuras de plomo.
Pero no acabó ahí la cosa.
Faltaba lo más dramático.
Lo más impresionante.
Lo más sobrecogedor.
¡Los cuerpos de Josef Korda y Paula Oberon habían empezado a desintegrarse!
¡Se estaban diluyendo como un terrón de azúcar en un vaso de agua!
¡Estaban desapareciendo!
Zoltan Lacher, Sybil Daniels, Leónidas Tchenko e Iveta Masny,

estremecidos, contemplaban la increíble escena.
Una escena más bien breve, pues en sólo unos minutos, no quedó ni rastro de los cuerpos de Josef y Paula. Del checo, sólo su bañador, y de Paula Oberon, el minúsculo pantaloncito de su bikini.
Terriblemente impresionado, Zoltan desvió la mirada y la posó en la pirámide cósmica.
—Ghota nos ha dejado sin pruebas. Jamás podremos demostrar lo que hizo con los infortunados Josef y Paula —dijo, con voz ronca.

* * *

Leónidas, Iveta y Sybil no sabían qué decir.
Al igual que Zoltan, miraban fijamente la pirámide cósmica, que seguía en el suelo, dorada, brillante, hermosa...
Transcurrieron varios minutos en silencio. Finalmente, Tchenko observó:
—La seguimos teniendo a ella, Zoltan.
—Ghota, aparentemente, es sólo una pirámide de oro, Leónidas —repuso Lacher—. Tiene poderes, y nosotros sabemos lo que es capaz de hacer con ellos, pero no podemos demostrarlo.
—Entonces, si no nos sirve como prueba, destruyámosla —masculló el soviético—. Ha causado la muerte a Josef y Paula, debemos vengarlos, aunque sea lo último que hagamos.
—Estoy de acuerdo contigo, Leónidas.
Tchenko se irguió.
—¿Tienes alguna idea de cómo podemos acabar con esa maldita pirámide, Zoltan?
Lacher tardó unos segundos en responder.
—Si realmente es de oro, podríamos fundirla, aunque dudo mucho que así acabemos con ella. Sólo conseguiríamos hacerla cambiar de forma. Ghota posee energía cósmica, y el fuego, al fin y al cabo, también es energía. Quiero decir que es poco probable acabar con una energía utilizando otra energía. Quizá tendríamos más posibilidades con el frío.
—¿Frío...? —respingó Tchenko.
—Es el mayor enemigo del calor, ¿no?
—Desde luego —asintió Sybil.
—¿Cuál es tu plan, Zoltan...? —preguntó Iveta.
—Coger la pirámide y encerrarla en el congelador del frigorífico a la más baja temperatura posible. Si el frío no acaba con Ghota, idearemos otra cosa.
Leónidas, Sybil e Iveta volvieron a clavar sus ojos en la pirámide cósmica.
—Será muy peligroso cogerla, Zoltan —advirtió el soviético.
—El peligro está en su vértice —repuso Lacher—. Si no nos dejamos

herir por él, no nos ocurrirá nada. Yo la cogeré.
Sybil lo agarró del brazo.
—No, Zoltan... —murmuró, temblorosa.
Lacher le acarició la verdosa y suave cabellera.
—Tendré cuidado, te lo prometo.
—Deja que sea yo quien la coja, Zoltan —pidió Tchenko.
—Gracias, pero debo hacerlo yo, puesto que la idea ha sido mía.
—Eso no tiene nada que ver.
—No insistas, Leónidas —rogó Lacher, y se acercó cautelosamente a la pirámide cósmica.
Leónidas, Sybil e Iveta contuvieron el aliento.
Zoltan se detuvo junto a la pirámide de oro, se inclinó sobre ella, y se dispuso a cogerla con sus manos.
No llegó a hacerlo, sin embargo, ya que justo en ese preciso momento la pirámide cósmica empezó a oscurecerse, como antes ocurriera con los cuerpos de Josef Korda y Paula Oberon.
Zoltan se apartó de un salto, temiendo un posible ataque de Ghota.
—¡Cuidado! —gritó.
Leónidas, Iveta y Sybil retrocedieron instintivamente, temiendo también una posible represalia de la pirámide cósmica.
El temido ataque, por el momento, no se produjo.
La pirámide siguió perdiendo brillo y color, adquiriendo un tono plomizo.
Y fue precisamente entonces, cuando ya no parecía una pirámide de oro, sino de plomo, cuando empezó a desintegrarse, exactamente igual que ocurriera con los cuerpos de Josef Korda y Paula Oberon.
Hubo, no obstante, una diferencia, ya que del vértice de la pirámide surgió repentinamente un rayo luminoso, purpúreo, cegador, que buscó velozmente la ventana de la habitación.
El rayo atravesó limpiamente el cristal y ascendió hacia el cielo como un cohete.
Zoltan corrió hacia la ventana.
Leónidas, Sybil e Iveta corrieron también.
—¡Es Ghota, que huye! —adivinó Zoltan—, ¡El frío hubiera acabado con ella, y no ha tenido más remedio que abandonar la pirámide y emprender el regreso a su galaxia! ¡Descubrimos su punto vulnerable!
El rayo luminoso desapareció en el cielo.
Al volverse, Zoltan, Sybil, Leónidas e Iveta descubrieron que la pirámide había desaparecido también, al desintegrarse totalmente, no quedando ni rastro de ella.
—Hemos perdido la última prueba que nos quedaba, Zoltan —observó Tchenko.
—Sí, pero hemos conseguido expulsar de la Tierra a Ghota y devolverla a su galaxia, que es lo importante —repuso Lacher.

—Tienes mucha razón —dijo Sybil, abrazándose a él.

EPÍLOGO

Más serenos ya, Zoltan, Sybil, Leónidas e Iveta hablaron de Josef Korda y Paula Oberon.
—No podemos informar a las autoridades de cómo murieron, porque no nos creerían —señaló Lacher—, Ni siquiera podemos presentar sus cadáveres, porque Ghota los desintegró totalmente.
—¿Qué podemos hacer, pues...? —preguntó Sybil.
—Nada, me temo.
—No tardarán en darlos por desaparecidos —observó Iveta.
—Y los buscarán —añadió Leónidas.
—Pero no los encontrarán, nosotros lo sabemos bien —repuso Zoltan.
Leónidas, Iveta y Sybil comprendieron que Zoltan tenía razón.
Seria inútil acudir a las autoridades.
No tenían pruebas que demostrasen que su historia, aunque extraordinariamente fantástica, era cierta.
Poco después, Zoltan y Sybil abandonaban la habitación de Leónidas Tchenko, dejando a éste con Iveta Masny, y se trasladaron a la suya.
Leónidas e Iveta hicieron el amor.
Abrazado todavía al cuerpo desnudo de la checa, Tchenko preguntó:
—¿Fijamos la fecha de nuestra boda, Iveta?
—¿Hablas en serio...? —exclamó ella, que no lo podía creer.
—Muy en serio —aseguró el soviético, y la besó amorosamente en los labios.
En la otra habitación, Zoltan y Sybil se habían unido también íntimamente.
—Creo que eres la mujer de mi vida, Sybil —dijo él, acariciándola con ternura.
—¿Y qué suele hacer un hombre con la mujer de su vida, aparte del amor...? —preguntó ella, con una sonrisa harto significativa.
—Casarse con ella —respondió Lacher.
—Exacto.
—Nos casaremos, Sybil.
—¿De veras lo deseas, Zoltan?
—Sí —asintió Lacher, y su boca entró nuevamente en contacto con la de Sybil Daniels, con quien poco después volvía a hacer el amor.

FIN